

Estrategias de transición y el proyecto de la Democracia Inclusiva

Takis Fotopoulos

Resumen: *El objetivo de este ensayo es doble. En primer lugar, evaluar críticamente las diversas estrategias de transición para el cambio social radical que han sido propuestas en el pasado así como también algunas estrategias recientemente desarrolladas, como el planteamiento societario civil, la estrategia del Municipalismo Libertario y las estrategias “de estilo de vida”. En segundo lugar, proponer una nueva estrategia transicional que tenga como objetivo la transición hacia una democracia inclusiva confederal. En este contexto, se trata la cuestión del sujeto emancipador en la sociedad actual y se sugiere un nuevo tipo de política y de organización política, así como un conjunto de medidas para la transición hacia una democracia política, económica, ecológica y una democracia en el ámbito social.*

El colapso del socialismo real y el fracaso paralelo de la socialdemocracia en occidente y su reemplazo por el consenso neoliberal actual junto con el ascenso de la ideología del postmodernismo¹ y la decadencia de los movimientos antisistémicos² ha conducido inevitablemente al correspondiente declive de un debate todavía candente hace pocas décadas: el debate sobre una estrategia de transición hacia una sociedad alternativa. Esto fue inevitable, ya que el abandono por parte de la izquierda (vieja, nueva y ecologista) de cualquier concepción de una sociedad alternativa hizo que efectivamente estas estrategias fuesen innecesarias. Un criterio básico que podemos usar para distinguir entre las diversas estrategias de transición que se han propuesto en el pasado y las pocas que se proponen hoy en día es si una estrategia tiene el objetivo de reformar las actuales instituciones sin proponer ningún marco institucional alternativo o si, en cambio, tiene el objetivo de reemplazar el marco institucional de la sociedad actual, es decir, el sistema de economía de mercado globalizada y la institución complementaria de la “democracia” representativa, así como el correspondiente sistema de valores que constituye el paradigma social dominante en el que se basa la sociedad actual. Basándonos en este criterio podemos distinguir entre estrategias “no-sistémicas” y estrategias “antisistémicas”.

Así pues, “no-sistémicas” son todos aquellos planteamientos que tienen el objetivo de reformar el actual marco institucional y sistema de valores mediante una variedad de tácticas que van desde la conquista del poder del Estado hasta las presiones “desde abajo”. Aquí podemos clasificar la antigua estrategia socialdemócrata y las nuevas estrategias reformistas que proponen los partidarios de los planteamientos societarios civiles y de la democracia radical, así como también la mayoría de partidarios de los “nuevos” movimientos sociales y de la política postmoderna (ecologistas, feministas, movimientos “identitarios”, etc.).

“Antisistémicas” son todos aquellos planteamientos que explícita o implícitamente ponen en entredicho la legitimidad del “sistema” socioeconómico, ya sean sus instituciones, que crean y reproducen la distribución desigual del poder (considerada aquí como la causa última de las

1 Ver Takis Fotopoulos, 'The Myth of Postmodernity', *Democracy & Nature*, Vol. 7, No. 1 (March 2001) págs. 27-76.

2 Takis Fotopoulos, 'The end of traditional antisystemic movements and the need for a new type of antisystemic movement today', *Democracy & Nature*, Vol. 7, No. 3 (November 2001) págs. 415-456.

divisiones sociales antisistémicas³), como sus valores, que legitiman la dominación del ser humano sobre el ser humano, o de la sociedad sobre la naturaleza. Aquí podemos clasificar las estrategias del antiguo estatismo socialista y del socialismo libertario, así como la más reciente estrategia de guerrilla, la estrategia del Municipalismo Libertario y, finalmente, la estrategia de la Democracia Inclusiva.

En una posición intermedia entre las estrategias no-sistémicas y las antisistémicas encontramos la “acción directa” y lo que podemos denominar estrategias “de estilo de vida”. Los partidarios de estas estrategias las pueden adoptar a veces con objetivos abiertamente reformistas, pero también se dan casos, sobretudo en el pasado, donde algunas de estas estrategias, como la huelga general, fueron adoptadas como una arma claramente antisistémica. Hoy en día, no obstante, los casos en que las estrategias “de estilo de vida” y las de “acción directa” se proponen como estrategias antisistémicas son poco frecuentes y, aunque sean propuestas como tales, no van acompañadas de una propuesta coherente para un marco institucional alternativo. Por tanto está claro que la naturaleza “mixta” de las estrategias de estilo de vida y de acción directa descarta la posibilidad de clasificarlas ya sea como estrategias puramente no-sistémicas o como estrategias antisistémicas.

Consideraré en primer lugar las diversas estrategias que han sido propuestas para la transición hacia una sociedad alternativa (aunque las estrategias reformistas no puedan clasificarse estrictamente como estrategias de transición) y luego trataré más detalladamente la estrategia de transición hacia una democracia inclusiva confederal.

1. Estrategias “no-sistémicas” (reformistas)

Las estrategias reformistas tienen el objetivo de producir el cambio social radical mediante la conquista del poder del Estado (reformas “desde arriba”) o bien mediante la creación de bases de poder autónomas del Estado que presionen a quienes controlan las instituciones políticas y económicas con tal de conseguir reformas (reformas “desde abajo”). El “cambio social radical” oscila entre un cambio sistémico que se lleva a cabo mediante un cambio gradual desde arriba (tal y como apuntaba la estrategia socialdemócrata del pasado) o bien un cambio en las instituciones existentes mediante la “profundización” de la democracia o la “socialización” de la economía de mercado que se lleva a cabo mediante presiones “desde abajo” (planteamiento societario civil) o, finalmente, mediante un cambio sólo en algunas instituciones o valores sin que esto implique un proyecto político “universalista” para el cambio sistémico (política postmoderna, “nuevos” movimientos sociales, etc.)

La estrategia socialdemócrata de reformas “desde arriba”

Para Bernstein, el padre del revisionismo y la socialdemocracia, la estrategia de hecho era idéntica al contenido del proyecto socialista en sí mismo. Así, la estrategia socialdemócrata apuntaba a la conquista del poder del Estado con el objetivo estratégico de socializar gradualmente las instituciones políticas existentes y la propiedad, más que al reemplazo de la “democracia” representativa y la economía de mercado por nuevas instituciones que asegurasen la distribución igualitaria del poder político y económico. En consecuencia, tal como señala Kolakowski:⁴

3 Definimos las divisiones sociales antisistémicas como aquellas divisiones sociales que explícita o implícitamente ponen en entredicho la legitimidad del sistema jerárquico que crea y reproduce la distribución desigual del poder. Ver T. Fotopoulos, 'Class Divisions Today-the Inclusive Democracy Approach', *Democracy & Nature*, Vol. 6, No. 2 (July 2000) págs. 211-252.

4 Leszek Kolakowski, *Main Currents of Marxism*, (Oxford: Oxford University Press, 1978), Vol. 2, pág 109-110.

La cuestión esencial (para Bernstein) no era tanto si se aceptaba o se rechazaba la violencia revolucionaria sino más bien si los procesos de socialización dentro de la economía capitalista eran “ya” parte de la construcción del socialismo (...) El movimiento hacia el socialismo no era el prelude de una gran expropiación sino que simplemente significaba más colectivización, más democracia, igualdad y bienestar -una tendencia gradual sin límite predeterminado y, por la misma razón, sin “objetivo último”.

La socialdemocracia llegó a su punto álgido durante el periodo estatista y particularmente en los primeros treinta años después de la Segunda Guerra Mundial, cuando no sólo los partidos socialdemócratas llegaron al poder en muchos países del Oeste (Inglaterra, Alemania, Francia, Italia, etc.) sino que también un programa basado en el “consenso socialdemócrata” fue dominante en todo el mundo Occidental.⁵ Aún así, la internacionalización de la economía de mercado desde mediados de los años 70 comportó el fin de este consenso y el advenimiento del consenso neoliberal (es decir, la modernidad neoliberal) -el cual, desde mi punto de vista,⁶ es irreversible mientras la economía de mercado sea internacionalizada, en otras palabras, mientras la economía de mercado se reproduzca a sí misma. La reciente supresión en el programa del Partido Laborista Británico (que era el último partido socialdemócrata aún comprometido con la socialización de los medios de producción) de la “cláusula cuatro” que lo comprometía a una socialización plena, marcó el final formal de las reivindicaciones socialdemócratas por un cambio sistémico real. De hecho, la agenda neoliberal de mercados de trabajo “flexibles”, minimización de los controles sociales sobre el mercado, reemplazo del Estado del bienestar por una red de seguridad, etc. se ha convertido actualmente en la agenda de todos los partidos socialdemócratas mayoritarios, tanto si se encuentran en el poder como en la oposición. La paralela degradación de la socialdemocracia y la reversión de la mayoría de sus conquistas (Estado del bienestar global, compromiso del Estado con la plena ocupación, importantes mejoras en la distribución de los ingresos) ha mostrado claramente que los partidarios del planteamiento revolucionario acertaban al remarcar la imposibilidad de producir un cambio sistémico mediante reformas.

Esto es particularmente cierto hoy en día, puesto que las reformas además han de ser compatibles con las exigencias de la economía de mercado internacionalizada. Está claro, por lo tanto, que mientras el sistema de economía de mercado y “democracia” representativa se reproduzca a sí mismo, todo lo que las reformas (“desde arriba” o “desde abajo”) pueden conseguir actualmente son victorias temporales, es decir, conquistas sociales que serán tan reversibles como las alcanzadas durante el período del consenso socialdemócrata, que ahora están siendo desmanteladas sistemáticamente tanto por los neoliberales como por los social-liberales.⁷ Esto se debe a que el crecimiento (y por tanto, la rentabilidad) de las corporaciones transnacionales (CTN's) depende de la continua expansión de los mercados mundiales. Esto significa que una economía de mercado hoy en día sólo puede ser internacionalizada -hecho que implica que los mercados tienen que ser tan abiertos y flexibles como sea posible. Así pues, la globalización y sus efectos principales, esto es, la actual concentración de poder y el empeoramiento continuo de la crisis ecológica, persistirán mientras el marco institucional actual -que asegura la concentración de poder político y económico- se reproduzca a sí mismo, en otras palabras, mientras el sistema de economía de mercado y “democracia” representativa no sea sustituido por un marco institucional que garantice la distribución igualitaria del poder político y económico entre todos los ciudadanos, es decir, una democracia inclusiva.

5 Ver Takis Fotopoulos, *Hacia una democracia inclusiva*, capítulos 1 y 2.

6 Ver Takis Fotopoulos, *Hacia una democracia inclusiva*, capítulos 1 y 4.

7 Ver Takis Fotopoulos, ‘Welfare State or Economic Democracy?’, *Democracy & Nature*, Vol. 5, No. 3 (November 1999), págs. 433-468.

Argumentos similares se aplican al planteamiento del “reformismo-como-estrategia”, utilizado normalmente por diversos tipos de trotskistas y apoyado también hoy en día por “libertarios” como Michael Albert de la *Z-network*. Esta estrategia representa la antigua estrategia marxista de presionar con demandas reformistas con la esperanza de que las élites sean incapaces de satisfacerlas, de modo que la crisis subsiguiente ponga en funcionamiento una dinámica que conducirá a la radicalización de la conciencia y, posiblemente, a una “situación revolucionaria”. Aunque teóricamente este es un planteamiento antisistémico, en la práctica acaba siendo una tendencia reformista -cosa que se constata, también, por el hecho de que los partidarios de esta tendencia persiguen deliberadamente una estrategia de alianzas con los partidarios de tendencias puramente reformistas (sindicalistas socialdemócratas, ONG's, ambientalistas, etc.). Obviamente, este tipo de “malas alianzas” son factibles precisamente porque los partidarios de esta tendencia no proponen ningún proyecto político antisistémico sino que se limitan a demandas de tipo puramente reformista. No es extraño, entonces, que Alex Callinicos, el gurú teórico del Partido Socialista de los Trabajadores británico, considere a Pierre Bourdieu el intelectual que representa la emergencia de la izquierda internacional y que él mismo proponga “una regulación económica internacional que controlaría el capitalismo... una reforma de la globalización capitalista”!⁸

De todas formas, el potencial de esta estrategia para radicalizar la conciencia y producir una sociedad liberadora ya se ha mostrado en la historia cuando estrategias similares condujeron invariablemente a una mentalidad reformista y a reformas fácilmente reversibles. Este fue el caso en Europa occidental, donde el grueso del movimiento obrero como resultado de estas estrategias, desarrolló una mentalidad reformista, mientras que los antiguos partidos socialdemócratas se convirtieron en los actuales partidos social-liberales que presiden la construcción de la forma neoliberal de modernidad.⁹ Este es el resultado inevitable del hecho de que una estrategia basada en demandas reformistas es, por su naturaleza, incapaz de crear una conciencia antisistémica masiva, y aún menos una conciencia realmente democrática que sólo se puede crear en un largo proceso de “democracia en acción”, que conduciría finalmente a una democracia inclusiva. El hecho de que los estatistas de todas las tendencias, particularmente los marxistas-leninistas y los trotskistas, prefieran esta estrategia, no es por supuesto sorprendente en vistas de su adopción de un punto de vista “científico” del proyecto liberador y del principio leninista relacionado de “conciencia desde afuera” -un principio que conduce directamente al estalinismo.

La estrategia societaria civil de reformas “desde abajo”

Este planteamiento, que difícilmente puede denominarse estrategia puesto que no aboga por el reemplazamiento de las actuales estructuras políticas y económicas, consiste en fortalecer la “sociedad civil”, es decir, reforzar las diversas redes autónomas del control del Estado (sindicatos, movimientos cívicos, cooperativas, iglesias, barrios, escuelas de pensamiento, etc.) con tal de imponer límites efectivos (es decir, controles sociales) al mercado y al Estado. Sin embargo, esta estrategia se basa en una serie de supuestos poco realistas. En primer lugar, supone implícitamente un alto grado de estatismo donde el Estado aún puede jugar el papel económico que solía desempeñar durante el consenso socialdemócrata. En segundo lugar, supone, en efecto, una economía de mercado prácticamente cerrada donde los Estados y las corporaciones pueden ignorar el grado de competencia existente en una economía de mercado internacionalizada, como consecuencia de los libres mercados de productos y particularmente de capital, que se puede desplazar instantáneamente a través de las fronteras en caso de que se impongan serios controles sociales para satisfacer las demandas de los civil societarios. No es extraño que estos intenten

8 Ver la entrevista a Alex Callinicos en el diario griego *Eleftherotypia* (1 de Octubre de 2000).

9 Ver Takis Fotopoulos, *Hacia una democracia inclusiva*, capítulo 2.

negar (o traten de minimizar) la importancia de la actual internacionalización de la economía de mercado.¹⁰ También es indicativo que cuando intentan internacionalizar su planteamiento los únicos límites que consideran factibles en la economía de mercado internacionalizada son diversos “controles reguladores”. Aún así, estos tipos de controles tienen muy poco que ver con los controles sociales profundos que ellos proponen cuando hablan (al margen de la realidad actual de la economía de mercado internacionalizada) de los límites que las redes de la sociedad civil deberían imponer a los mercados (como por ejemplo la reducción de las desigualdades, la creación masiva de lugares de trabajo, etc.).

Es evidente entonces que la estrategia societaria civil es a la vez a-histórica y utópica. Es a-histórica porque ignora los cambios estructurales que han llevado al consenso neoliberal actual y a la economía de mercado internacionalizada. Y es utópica porque está en tensión tanto con la actual economía de mercado internacionalizada como con el Estado. Así, dado que los civil societarios no ven el resultado de esta tensión inevitable en términos del reemplazo de la economía de mercado y del Estado por parte de la sociedad civil, no es difícil predecir que cualquier fortalecimiento de la sociedad civil deberá de ser compatible con el proceso de continua internacionalización de la economía de mercado y la función implícita del Estado. Por lo tanto, el “fortalecimiento” de la sociedad civil, en las condiciones actuales, significaría sencillamente que no se impedirá a las élites políticas y económicas dirigentes seguir dominando tranquilamente la sociedad, aunque, de vez en cuando, deberán intentar abordar las exigencias de la sociedad civil -siempre y cuando, por supuesto, éstas no entren en conflicto con sus propios intereses y las exigencias de la competición oligopolística.

En conclusión, el fortalecimiento de las instituciones de la sociedad civil no tiene ningún tipo de posibilidad ni de poner fin a la concentración de poder ni de superar la actual crisis multidimensional. Esta conclusión se puede extraer del hecho de que el objetivo implícito, y a veces explícito, de los societarios civiles, es mejorar el funcionamiento de las instituciones existentes (Estado, partidos, mercado), para hacerlas más sensibles a las presiones desde abajo cuando, de hecho, la crisis se debe a las instituciones en sí mismas y no a su funcionamiento deficiente! En el actual mercado internacionalizado, la necesidad de minimizar el papel socio-económico del Estado ya no es una cuestión de elección por parte de quienes controlan la producción. Es una condición necesaria para la supervivencia. Esto es particularmente cierto respecto al capital europeo que tiene que competir con los bloques de capital que operan desde bases donde la tradición socialdemócrata del estatismo nunca fue fuerte (los Estados Unidos, el Lejano Oriente). Sin embargo, incluso a nivel planetario, se podría dudar seriamente de si es aún posible reforzar las instituciones de la sociedad civil en el contexto de la economía de mercado. Dado que los objetivos fundamentales de la producción en una economía de mercado son el beneficio individual, la eficiencia económica y el crecimiento, cualquier intento de reconciliar éstos con un “control social” efectivo por parte de la sociedad civil está condenado al fracaso puesto que, como ha mostrado la experiencia histórica con la fase estatista, el control social y la eficiencia de mercado son objetivos irreconciliables.¹¹ Por la misma razón, se podría sostener razonablemente que una contradicción básica de la economía de mercado hoy en día es la que deriva del hecho de que cualquier control efectivo de las consecuencias ecológicas del crecimiento es incompatible con las exigencias de la competitividad que impone la fase actual del proceso de mercantilización.

10 Ver Takis Fotopoulos, *Hacia una democracia inclusiva*, capítulo 4.

11 Takis Fotopoulos, *Hacia una democracia inclusiva*, capítulo 2; ver también M. Olson, *The Rise and Decline of Nations* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1988).

A pesar de esto, la estrategia reformista societaria civil, aunque claramente incapaz de producir cambios radicales en las estructuras institucionales actuales, es popular incluso entre muchos activistas anti-globalización, especialmente ONG's, ecologistas y otros. Sin embargo, estas actividades no tienen ningún tipo de posibilidad de funcionar como catalizadores para un cambio sistémico, ni siquiera como elementos de una estrategia de transición con el mismo propósito. Esto no sólo se debe a que no se puede esperar que las acciones de los anti-globalizadores logren algo más que unas cuantas reformas reversibles, sino también a que este tipo de acciones, por sí mismas, son muy poco útiles en la creación de una conciencia antisistémica. Particularmente, si no constituyen una parte integral de un movimiento político programático de masas para el cambio sistémico.

En este contexto, no se deben olvidar los parámetros impuestos por el marco institucional. Dado que el consenso neoliberal y la actual forma de globalización no son sólo cambios de políticas, como supone la mayor parte de la izquierda, sino cambios estructurales impuestos por la internacionalización de la economía de mercado, se puede plantear la hipótesis de que los elementos básicos de la globalización neoliberal y particularmente sus elementos cruciales de mercados abiertos y flexibles, nunca se evitarán mientras se siga reproduciendo la economía de mercado tan abierta y flexible como sea posible. Por lo tanto, una economía de mercado internacionalizada sólo puede dar lugar a una sociedad civil internacionalizada en la cual, finalmente, los controles sociales sobre los mercados se habrían universalizado pero, al mismo tiempo, minimizado.

La política postmoderna de reforma

Existen diversos tipos de estrategias propuestas por los postmodernistas, aunque aquí el término "estrategia" es, de nuevo, difícilmente pertinente, puesto que todos los movimientos postmodernos hoy en día son claramente reformistas, pues tienen el objetivo de reformar el actual marco institucional más que de reemplazarlo por formas alternativas de organización social. Así, a pesar del carácter claramente universal del actual marco institucional, ningún movimiento social postmoderno cuestiona hoy en día las principales instituciones políticas y económicas que constituyen su universalidad: el sistema de economía de mercado y la "democracia" representativa. En cambio, un axioma básico de todos los movimientos sociales influenciados por las ideas postmodernas es su anti-universalismo, que por definición aparta este tipo de movimientos de cualquier forma de política antisistémica.¹²

Las dos principales estrategias postmodernas son, en primer lugar, la "política de alianzas" y, en segundo lugar, la política de la "democracia radical". Ambas tienen como principal punto de referencia los "movimientos identitarios" (feministas, negros, gays, etc.) así como también el movimiento ecologista.

Los movimientos identitarios son de hecho el resultado de los "nuevos" movimientos sociales que llegaron a su punto álgido en la década de 1970 y comenzaron a decaer desde mediados de la década de 1980, cuando empezaron a involucrarse en lo que se ha denominado "política identitaria", es decir, el tipo de política postmoderna que implica apartarse de las cuestiones sociales, políticas y económicas generales para pasar a preocuparse de la cultura y la identidad. La transformación de movimientos potencialmente antisistémicos en reformistas fue particularmente sorprendente con respecto a los movimientos ecologistas y feministas. A pesar de que ambos empezaron como movimientos modernos radicales con demandas "universalistas" para cambiar la

12 Ver Takis Fotopoulos, *The Myth of Postmodernity y The end of traditional antisystemic movements*.

sociedad como único camino para abolir la dominación del hombre sobre la mujer y sobre la naturaleza, el advenimiento de la globalización neoliberal, es decir, de la forma neoliberal de modernidad, creó las condiciones adecuadas para que las corrientes conservadoras en el seno de estos movimientos se volvieran dominantes y los convirtió en los actuales movimientos “identitarios” reformistas y fragmentados.

Las tendencias dominantes hoy en día en el movimiento ecologista no cuestionan las instituciones fundamentales de la economía de mercado y la “democracia” representativa, sino que, en cambio, o bien adoptan una mezcla de las estrategias reformistas socialdemócratas y societarias civil que he examinado anteriormente (Europa) o, alternativamente, remarcan la importancia de cambiar los valores culturales, que consideran susceptibles de cambiar incluso dentro del marco institucional existente y fuera de un movimiento antisistémico (Estados Unidos). Por lo tanto, el movimiento ecologista ha abdicado de cualquier papel antisistémico o liberador y hoy es, directa o indirectamente, reformista. Directamente, en el caso de los partidos parlamentarios ecologistas y las organizaciones rojiverdes, e indirectamente en el caso de movimientos como la ecología profunda que ponen énfasis en “el cambio espiritual por encima del cambio político y social, y el cultivo de una conciencia o sensibilidad reverencial hacia el mundo natural más que la organización y la construcción de movimiento.”¹³

Además, del mismo modo que la victoria de los “realos” sobre los “fundos”¹⁴ acabó con el movimiento ecologista como movimiento potencialmente antisistémico, la victoria de las “insiders” (es decir, los grupos de feministas liberales orientados a ganar posición y poder dentro del sistema) sobre las “outsiders” (es decir, los movimientos autónomos de mujeres que se orientaban hacia el cambio revolucionario) acabó con el movimiento feminista como movimiento potencialmente antisistémico. Además, exactamente del mismo modo que la decadencia de la izquierda en general, que empezó en la década de 1970, ha conducido a muchos anarquistas a reemplazar la política por el estilo de vida y el análisis racional por la “espiritualidad”, la decadencia del movimiento feminista ha conducido a muchas feministas a reemplazar el feminismo radical por el “feminismo cultural” y el racionalismo por el espiritualismo. Al mismo tiempo, como he remarcado en otra ocasión,¹⁵ el eco-feminismo, que es especialmente influyente entre las feministas radicales, no sólo adopta un análisis anti-industrial y no anti-capitalista, sino que también apoya un tipo de reformismo utópico con el objetivo de reformar el sistema actual mediante una serie de actividades de subsistencia, que en el Norte implican actividades de estilo de vida y comunas fácilmente marginalizadas, mientras que en el Sur implican actividades que son principalmente los restos de la sociedad pre-moderna -que desaparece progresivamente bajo la presión de la economía de mercado internacionalizada.

El movimiento de la política identitaria es, hoy en día, la forma de política postmoderna por excelencia, puesto que su política de promover los intereses particulares de grupos específicos (feministas, gays, minorías étnicas, etc.) encaja bien con el carácter anti-universalista de la teoría postmoderna. Así, los movimientos “identitarios” actuales, a pesar de su crítica radical contra determinadas estructuras jerárquicas (como aquellas basadas en el género, la raza, la represión sexual y de las minorías), nunca han presentado ningún proyecto político global para el cambio

13 Ver la ‘Interview with Murray Bookchin’, por David Vanek, Harbinger, *A Journal of Social Ecology*, Vol. 2, No. 1, (2000).

14 Los “Fundos” fueron la facción del Partido Ecologista alemán que durante la década de los 80 sostenía los planteamientos más radicales (ecologistas profundos, eco-socialistas) frente a la otra facción del mismo partido, los “Realos” [N.d.T].

15 Takis Fotopoulos, ‘Globalisation, the reformist Left and the anti-globalisation movement’, *Democracy & Nature*, Vol. 7, No. 2, págs. 233-280.

sistémico -de todas formas su naturaleza fragmentada no permite un programa de este tipo- sino que han promovido cuestiones culturales y de identidad personal.

Pasando a las estrategias postmodernas, la estrategia postmoderna de alianzas es la principal forma que toma la política de izquierdas actualmente. La lógica que hay detrás de esta estrategia se basa en la creencia de que los participantes en movimientos universalistas, como el movimiento marxista, no tienen ninguna validez como categoría separada de la existencia social, mientras que los participantes en luchas “localizadas” pueden salvaguardar la sensación de que los individuos realmente están constituidos por una suma total de “posiciones subjetivas” y al mismo tiempo, preservan la sensación de que son parte de una lucha más amplia por la autodeterminación y la igualdad. Sin embargo, es evidente que la falta de un objetivo antisistémico común, junto con la composición de este tipo de alianzas, que consisten inevitablemente en movimientos heterogéneos que a veces tienen objetivos en conflicto, los conducirá ineludiblemente hacia el trillado camino de la política reformista, que es irremediablemente inadecuada para hacer frente a la crisis multidimensional que afrontamos en la economía de mercado internacionalizada actual. Este es el caso de las alianzas en el seno del “movimiento” anti-globalización o de los movimientos contra el neoliberalismo. Está claro que la estrategia de alianzas y coaliciones entre grupos heterogéneos que adoptan los partidarios de esta estrategia, conduce inevitablemente a una falta fundamental de unidad, incluso en los objetivos a corto plazo, como se pone de manifiesto por el hecho de que el único objetivo común de las alianzas de este tipo es un objetivo negativo (“anti”-globalización o “anti”-neoliberalismo) sin que exista ninguna concepción de una sociedad futura ni una estrategia a largo plazo. No es extraño que, puesto que la cuestión de un cambio social universal ni siquiera es planteada por los partidarios de esta estrategia, su potencial se limite a la posibilidad de efectuar algunas reformas sociales en el actual sistema de economía de mercado y “democracia” representativa.

Del mismo modo, las políticas de la “democracia radical” tienen el objetivo de abrazar los “nuevos” movimientos sociales/movimientos identitarios como múltiples fuentes de cambio “radical” que pueden lograr una “democracia radical” integrando al mismo tiempo la “política de la diferencia”. Sin embargo, como he tratado de mostrar en otra ocasión,¹⁶ la concepción de la democracia radical implica de hecho un proceso de “extensión y profundización” de la actual “democracia” política y económica, basada en la separación entre la sociedad y la política y la naturaleza, en un sistema basado en la economía de mercado y la “democracia” representativa.

Tal y como trataré de mostrar en la segunda parte de este ensayo, el verdadero objetivo radical hoy en día es luchar por la creación de un nuevo movimiento antisistémico que tenga como objetivo la distribución igualitaria del poder económico y político. Esto implica la necesidad de una nueva política liberadora, como la propuesta por el proyecto de la Democracia Inclusiva (DI), que sería una síntesis de la política “universalista” que ha caracterizado los movimientos radicales de la modernidad con la “política de la diferencia” que entró en escena en el último cuarto de siglo con la emergencia de los “nuevos movimientos sociales”. El paradigma de la Democracia Inclusiva, al mismo tiempo que reconoce las diversas identidades de los grupos sociales que constituyen diversas subtotalidades, sitúa estas diferencias en un sistema socio-económico global que institucionaliza la concentración de poder entre y dentro de los diversos grupos sociales. Así, mientras en el paradigma postmodernista son las estructuras jerárquicas basadas en la identidad las que definen el carácter “particular” de las luchas centradas entorno a la identidad, en el paradigma de la DI es la concentración de poder en todas sus formas, como resultado de las estructuras y relaciones de poder existentes, lo que define el carácter “universalista” de la lucha

16 Ver Takis Fotopoulos, *The Myth of Postmodernity*.

social hoy en día.

Así pues, en vez de “alianzas y coaliciones entre grupos que de otra manera están involucrados en “cuestiones políticas singulares”,¹⁷ el proyecto de la DI propone la construcción de un movimiento político programático de masas que una a todos los miembros de grupos sociales que potencialmente forman las bases de un nuevo sujeto emancipador, sobre la base de un paradigma común. La estrategia de la DI se basa en el reconocimiento explícito de las “posiciones subjetivas” de los individuos que participan en diversos grupos sociales¹⁸ y consecuentemente respalda las luchas localizadas, siempre y cuando éstas sean parte integral de un movimiento político de transformación antisistémica basado en un programa global para el cambio sistémico que reintegre la sociedad con la economía, la política y la naturaleza, mediante la institucionalización de las condiciones necesarias (pero no suficientes) para la distribución igualitaria del poder en todos los ámbitos.

2. Estrategias “antisistémicas”

La característica común de todas las estrategias antisistémicas es que tienen como objetivo la transformación “sistémica” de la sociedad mediante un cambio revolucionario (violento o pacífico) que implica la sustitución de las actuales instituciones políticas, económicas y sociales por nuevas formas de organización social. Las principales estrategias antisistémicas son la socialista estatista, la estrategia de guerrilla, la estrategia socialista libertaria y la del Municipalismo Libertario, que consideramos en este apartado, así como la de la Democracia Inclusiva, que consideraremos más adelante.

La estrategia socialista estatista: “revolución desde arriba”

Esta estrategia es en gran medida producto de la modernidad y de la creciente conciencia por parte de los activistas de mediados del siglo XIX, que asimilaron las lecciones que los grupos oprimidos aprendieron de la supresión de las sublevaciones de 1848, de que los levantamientos “espontáneos” no pueden conducir a una transformación sistémica. Fue esta conciencia la que condujo a la creación de los primeros movimientos antisistémicos organizados.¹⁹ La tradición marxista-leninista del socialismo estatista es un ejemplo clásico de estrategia orientada a una “revolución desde arriba” y pese a los intentos de los marxistas de hoy en día de diferenciar entre las estrategias de Marx y Lenin, de hecho, las semillas del totalitarismo leninista, que culminaron en el estalinismo, se pueden encontrar en el mismo pensamiento de Marx. Esto resulta obvio si se tienen en cuenta dos características cruciales del sistema teórico de Marx que fueron criticadas en primer lugar (aunque no de un modo sistemático y coherente) por Bakunin.

La primera de estas características de la estrategia marxista era la idea del “comunismo mediante el socialismo estatista” que implicaba la conquista del poder del Estado por parte de un proletariado victorioso y el establecimiento de un Estado proletario que conduciría finalmente a una sociedad comunista. Esto no sucedería antes de que el rápido desarrollo de las fuerzas productivas (que la socialización de las relaciones de producción desencadenaría) hubiera

17 Simon Tormey ‘Post-Marxism, Democracy and the Future of Radical Politics’, *Democracy & Nature*, Vol. 7, No. 1 (March 2001) págs. 119-134. Una propuesta similar es la que hacen Best y Kellner, que abogan por una política de alianzas y solidaridad que agregue las tradiciones modernas y postmodernas en base a coaliciones y luchas multi-frente (Steven Best and Douglas Kellner, ‘Dawns, Twilights, and Transitions: Postmodern Theories, Politics, and Challenges’, *Democracy & Nature*, Vol. 7, No. 1 (March 2001), págs. 101-118.

18 Ver Fotopoulos, *Class Divisions Today-The Inclusive Democracy Approach*.

19 Ver Takis Fotopoulos, *Antisystemic movements*.

conducido a la abolición de la escasez, de la división del trabajo y a la desaparición del Estado. Sin embargo, como he intentado mostrar en otra ocasión,²⁰ la abolición marxista de la escasez es en realidad un mito que depende de una definición objetiva de las “necesidades”, que no es ni factible ni deseable y que puede ser utilizada por parte de aquellos que controlan la maquinaria estatal en una sociedad socialista para mantener indefinidamente el poder del Estado y las relaciones y estructuras de poder en general. Además, es inconcebible que un Estado, que representa la personificación de la separación entre la política y la sociedad, aunque sea proletario, presida su propia abolición!

La segunda característica era el igualmente insostenible²¹ intento marxista de convertir el proyecto socialista en una ciencia “objetiva” del cambio social. Esto podía conducir fácilmente, tal y como lo hizo en el caso de Lenin, a la necesidad de que la conciencia socialista llegara “desde el exterior”. Esto se debe a que la conciencia científica surge independientemente del movimiento social que conduce al socialismo y por lo tanto debe ser introducida en el movimiento desde fuera. Sin embargo, para Marx, el problema (supuestamente) no existe, ya que la ciencia se considera como la unidad de la teoría y la práctica que no sólo interpreta la realidad sino que también pasa a ser parte de la fuerza que la cambia, una parte de la práctica, esto es, la determinación consciente de la configuración de la historia. En este sentido, la ciencia se identifica con el movimiento en sí mismo, que hace de esta doctrina la suya propia. Sin embargo, como han mostrado diversos escritores marxistas,²² el marxismo se transforma entonces en teología. En otras palabras, para que el marxismo mantenga su carácter “científico” debería ver la práctica no como creadora de verdad sino meramente como la que determina la aparición de la misma y en este caso sin embargo, se ha de suponer que la conciencia científica surge independientemente del movimiento social que conduce al socialismo y debe introducirse en este movimiento desde fuera. Pero entonces, tal y como señala Kolakowski,²³ “no hay motivo para no sacar de este estado de cosas las mismas conclusiones que sacó Lenin”.

La estrategia leninista se basaba en la suposición implícita (a pesar del no siempre claro requisito de Gramsci²⁴ de que la cultura proletaria debería haberse vuelto “hegemónica” antes de que se alcanzara efectivamente el poder político) de que el cambio en el paradigma social -incluso entre una minoría de la población, es decir, la vanguardia del proletariado (organizada en el partido comunista y equipada con la “ciencia” del socialismo, es decir, el marxismo)- podría funcionar como catalizador para producir una revolución socialista. Así, para Lenin²⁵, los trabajadores no son capaces, por sí mismos, de desarrollar una teoría científica del socialismo, tarea que históricamente se ha dejado a los intelectuales. Sin embargo, tal y como señaló Marcuse, esta problemática acaba conduciendo fácilmente a que aquellos que custodian la ortodoxia científica, el partido, o el liderazgo del partido, aparezcan como “depositarios históricos de los “verdaderos” intereses del proletariado y sobre el proletariado”²⁶. No es extraño que, tal y como el mismo autor remarca acertadamente, “parece que un vínculo directo conduce de la “conciencia desde el exterior” de Lenin, y su noción del partido centralista autoritario, al estalinismo”²⁷.

La historia ha confirmado que esta estrategia sólo puede conducir a nuevas estructuras

20 Ver Fotopoulos, *Hacia una democracia inclusiva*, capítulo 5.

21 Ver Fotopoulos, *Hacia una democracia inclusiva*, capítulo 8.

22 *ibid.* pág. 322.

23 Leszek Kolakowski, *Main Currents of Marxism*, (Oxford: Oxford University Press, 1981), Vol. 2, pág. 53.

24 Ver por ejemplo Leszek Kolakowski, *Main Currents of Marxism*, (Oxford: Oxford University Press, 1981), Vol. 3, pág. 244.

25 Vladimir Lenin, *What Is to Be Done?* (Moscow: Progress Publishers, 1967), cf. págs. 30-32.

26 Herbert Marcuse, *Soviet Marxism*, (London: Routledge, 1958), pág. 147.

27 Herbert Marcuse, *Soviet Marxism*, (London: Routledge, 1958), pág. 145.

jerárquicas, puesto que la vanguardia de la clase trabajadora se convierte al final en la nueva élite dirigente.²⁸ Esta fue la lección principal del colapso del “socialismo real” que ha mostrado claramente que si la revolución es organizada por una minoría, y después su programa es llevado a cabo por la misma, ésta acabará ineludiblemente dando lugar a nuevas estructuras jerárquicas y no a una sociedad donde se haya abolido la concentración de poder. De hecho, la combinación entre la conversión marxista del proyecto socialista en una ciencia “objetiva” y la estrategia leninista de organizar la vanguardia en base a un “centralismo democrático” (un principio que aseguraba el poder de una pequeña élite del partido sobre todo el movimiento) resultó ser letal, puesto que contribuyó decididamente al establecimiento de nuevas estructuras jerárquicas, inicialmente, en el movimiento socialista, y luego en toda la sociedad. Por supuesto, es un hecho histórico bien conocido que tanto en los movimientos marxistas pre-revolucionarios, como en los gobiernos post-revolucionarios, la justificación de la concentración de poder en manos de la élite del partido se basaba en el “hecho” de que sólo ella “sabía” cómo interpretar la historia y emprender la acción apropiada para acelerar el proceso histórico hacia el socialismo. No es sorprendente que la base de las nuevas estructuras jerárquicas fuera la división social creada entre la vanguardia, la única que estaba en una posición objetiva para conducir el movimiento (debido a su conocimiento de la verdad “científica” que encarnaba el marxismo) y las “masas”.

La estrategia de guerrilla

El único caso de conquista del poder mediante una estrategia de guerrilla que tuvo éxito y que todavía sigue vivo hoy en día es el caso cubano que, según uno de sus protagonistas, Che Guevara, “mostró claramente la capacidad del pueblo para liberarse de un gobierno opresor mediante la guerra de guerrillas”²⁹. Para el Che, la estrategia de guerrilla cubana fue importante para demostrar que:

- Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército.
- No es necesario esperar a que existan todas las condiciones para hacer la revolución; la insurrección puede crearlas.
- En la América subdesarrollada el campo es la zona básica para la lucha armada.

Rechazando explícitamente la estrategia marxista tradicional que seguían muchos “pseudo-revolucionarios” latinoamericanos, tal y como los denominaba el Che, esta nueva estrategia no dependía de esperar hasta que de algún modo mecánico se dieran todas las condiciones objetivas y subjetivas necesarias para la revolución, sin trabajar para acelerarlas. Sin embargo, el Che era suficientemente realista como para reconocer que tampoco se debía llegar a la conclusión de que todas las condiciones para la revolución se crearán mediante el impulso que les dará la actividad guerrillera:³⁰

“Siempre hay que tener presente que hay un mínimo necesario sin el cual el establecimiento y la consolidación del primer centro no es viable. Las personas tienen que ver claramente la futilidad de mantener la lucha por objetivos sociales dentro del marco del debate civil. Cuando las fuerzas de la opresión llegan a mantenerse a sí mismas en el poder contra el derecho establecido, la paz ya se considera rota. En estas condiciones el descontento popular se expresa de formas más activas. Una actitud de resistencia cristaliza finalmente

28 Ver Takis Fotopoulos, *Hacia una democracia inclusiva*, capítulo 2.

29 Che Guevara, *Guerrilla Strategy*, (New York: Monthly Review Press, 1967), pág. 15.

30 *ibid.* Ver también, sobre la guerra de guerrilla urbana, Carlos Marighela, *For the liberation of Brazil* (London: Pelican, 1971).

en el estallido de la lucha, provocada inicialmente por la conducta de las autoridades. Donde un gobierno ha llegado al poder a través de alguna forma de voto popular, sea fraudulento o no, y mantiene al menos una apariencia de legalidad constitucional, el estallido de la guerrilla no se puede promover, puesto que las posibilidades de lucha pacífica todavía no se han agotado.”

Por tanto, es evidente que, para el Che, la estrategia de guerrilla no debe utilizarse en los casos donde existe algún tipo de “democracia” representativa. Esta es una advertencia importante, porque excluye la utilización de esta estrategia prácticamente en cualquier lugar hoy en día, ya que, después del colapso del “socialismo real”, la élite transnacional³¹ ya no recurre a la utilización de regímenes abiertamente dictatoriales para la reproducción del sistema de la economía de mercado sino que en cambio se apoya en su complemento político tradicional en el Norte: la “democracia” representativa. La combinación de este sistema político con los todopoderosos medios de difusión masiva (particularmente la televisión, que hoy en día se ha extendido por todos los rincones del planeta) es el sistema más eficaz de control de la población que las élites dominantes han creado jamás. El objetivo de la “democracia” representativa es crear la falsa impresión de control popular, mientras que de hecho se asegura la concentración de poder político en las manos de las élites locales leales a la élite transnacional. Por otro lado, el objetivo de los medios de masas es propagar a una escala masiva los valores del paradigma social dominante que legitiman la economía de mercado y la “democracia” representativa.

El cambio de táctica por parte de la élite transnacional es la explicación obvia del actual declive de los movimientos de guerrilla hoy en día, incluso en la cuna misma de la estrategia de guerrilla, es decir, en América latina. Además, tal y como ha demostrado el caso de Nicaragua (y el caso de Afganistán hoy en día), la élite transnacional es capaz, mediante la utilización de algún tipo de ejército contrarevolucionario financiado y armado por ella (junto con su poder aéreo letal -si fuera necesario) de provocar la caída de cualquier régimen que no sea de su agrado, particularmente si la guerrilla no cuenta con el apoyo activo de la mayoría de la población -un resultado inevitable del hecho de que la estrategia de guerrilla es incompatible con un proceso de creación de una nueva conciencia democrática, dada la estructura jerárquica de la organización militar necesaria para llevar a cabo la guerra de guerrilla. El resultado inevitable es una forma organizativa que conducirá a nuevas estructuras de poder y relaciones de desigualdad una vez llegue al poder. Esto se aplica, por ejemplo, a los pocos movimientos guerrilleros antisistémicos que quedan hoy en día como las FARC de Colombia.

Aún así, existe el caso de los zapatistas que, tal y como argumenta Iain Watson,³² básicamente “representa una política de resistencia a la globalización que cultiva un proyecto de democracia radical”. Sin embargo, como he remarcado anteriormente, la concepción de la democracia radical es a-histórica y utópica en el sentido negativo de la palabra porque, lejos de tener el objetivo de crear nuevas instituciones para reemplazar el actual marco institucional en bancarrota, propone simplemente “profundizar” la “democracia” representativa -o, tal y como expresa Marcos sugiriendo una concepción similar, crear una democracia representativa “más equilibrada” que “se enriquecería” a sí misma con la democracia directa,³³ y una globalización “diferente”, mediante la introducción de controles sociales en la economía de mercado”. Sin embargo, el hecho mismo de que el movimiento anti-globalización (en la medida en que está dominado por tendencias reformistas) así como el propio movimiento zapatista, actualmente muestran signos claros de ser

31 Sobre el concepto de élite transnacional ver *Globalization* de Takis Fotopoulos.

32 Iain Watson. ‘An examination of the Zapatista Army of National Liberation (EZLN) and new political participation’ *Democracy & Nature*, Vol. 8, No. 1 (March 2002)

33 Marianne Duran de Huerta and Nick Higgins, ‘Interview With Zapatista Leader subcommandante Marcos’, *International Affairs* 75, (April, 1999) págs. 269-281.

marginados, o peor aún, de ser integrados en el marco institucional existente, ilustra claramente cuán efectiva es una política de resistencia a la globalización basada en las concepciones de la democracia radical para alterar drásticamente el curso de la globalización neoliberal, y no digamos ya para funcionar como estrategia de transición hacia una sociedad alternativa. No es sorprendente que Alexandros Gezerlis,³⁴ lejos de caracterizar los zapatistas como un movimiento antisistémico, los denomine acertadamente “el primer ejército de guerrilla postmoderno”, ya que su política encaja perfectamente, por un lado, con el carácter anti-universal de la política postmoderna, como política de promoción de los intereses particulares de grupos específicos (minorías étnicas, en este caso) y, por el otro, con una oposición general al neoliberalismo como un tipo de “mala política” y no como el producto inevitable de las dinámicas de la economía de mercado.

La estrategia socialista libertaria: “revolución desde abajo”

La escisión socialista del siglo XIX, que llegó a su clímax con la controversia entre Marx y Bakunin en la Primera Internacional, dio lugar al surgimiento de la estrategia socialista estatista, de la que hemos hablado antes, y de la estrategia socialista libertaria. Hoy en día, casi un siglo y medio después de este debate, el proyecto socialista está en ruinas después del colapso de ambas versiones del socialismo estatista, es decir, la socialdemocracia reformista en occidente y el socialismo estatista revolucionario en oriente. Por otro lado, a pesar de que el socialismo libertario sigue sin haberse probado (después de que el intento más serio de implementar sus principios durante la Guerra Civil Española fuera aplastado por las hordas fascistas, que actuaban bajo el ojo tolerante de las “democracias” occidentales), el colapso de la versión estatista del socialismo no ha conducido a un resurgimiento de su versión libertaria. En vez de esto, el marco institucional definido por la modernidad (es decir, la economía de mercado y la “democracia” liberal) ha pasado a ser universal y, en consecuencia, la crisis multidimensional crónica (política, económica, ecológica, social y cultural) que se originó con la aparición de este marco institucional también se ha universalizado y exacerbado.

La estrategia socialista libertaria implica una “revolución desde abajo”. Como tal, tiene como objetivo un cambio sistémico mediante la abolición del poder del Estado y la creación de federaciones de comunas, o de asociaciones de trabajadores. Las diferentes tendencias en el seno del movimiento anarquista (las que se orientan a la comunidad frente a las que se orientan a los trabajadores) aspiran a la revolución para abolir el poder del Estado y transformar la sociedad “desde abajo”, en lugar de para conquistar el poder del Estado y transformar la sociedad “desde arriba”, como la estrategia socialista estatista. Un ejemplo obvio de estrategia orientada a la comunidad es la que sugiere la tendencia del Municipalismo Libertario, que discutiremos más adelante, mientras que el movimiento anarcosindicalista es un caso claro de una estrategia orientada a los trabajadores.

Esta última estrategia apostaba por la acción directa de la clase trabajadora para abolir el orden capitalista, incluyendo el Estado, y establecer, en su lugar, un orden social basado en los trabajadores organizados en unidades de producción. La confianza en la acción directa industrial derivaba del rechazo a las reformas emprendidas por el Estado, que era considerado un apéndice del sistema capitalista, así como de consideraciones más prácticas como por ejemplo que, fuera de la fábrica, las diferencias políticas entre los trabajadores entrarían en juego, probablemente dificultando la acción de masas, mientras que dentro, su estatus laboral similar les procuraba un

34 Alexandros Gezerlis. ‘Latin America: Popular Movements in Neoliberal Modernity’ *Democracy & Nature*, Vol. 8, No. 1 (Marzo de 2002)

sentido de solidaridad. Los anarcosindicalistas estaban a favor de una forma de sindicalismo militante dedicado a la destrucción del capitalismo y del Estado que tendría el objetivo de tomar el control de las fábricas y los servicios públicos, que pasarían a ser gestionados por los trabajadores. Para mantener la militancia, se debería provocar una atmósfera de conflicto incesante, y la culminación de esta estrategia debería ser la huelga general.

Sin embargo, aunque diversas huelgas generales, con objetivos limitados, se llevaron a cabo en Francia y en otros lugares con más o menos éxito a principios del siglo pasado, la huelga general decisiva que tenía el objetivo de derrocar todo el orden social de un sólo golpe no se intentó nunca. Así pues, el movimiento anarcosindicalista, después de proliferar en Francia, principalmente entre 1900 y 1914, y en gran medida en España, Italia, Inglaterra, en los países latinoamericanos y en otros lugares, a principios de la Segunda Guerra Mundial había desaparecido. El principal intento de una revolución desde abajo en España condujo a una guerra civil, en la cual la superioridad de medios, organización y eficiencia de los enemigos fascistas (así como también la de los socialistas estatistas que quebrantaban de todos los modos posibles a los socialistas libertarios) condujo a la supresión de los socialistas libertarios. Del mismo modo, el único intento importante de una revolución desde abajo en el período de posguerra, el Mayo del 68, acabó con un intento fracasado por el cambio sistémico con los socialistas estatistas (revolucionarios o reformistas) predominando finalmente sobre los libertarios. De la misma forma, se podía predecir fácilmente que la situación de insurrección que se ha desarrollado recientemente en Argentina no puede dar lugar a un cambio sistémico hacia una democracia política y económica global. En ausencia de un movimiento democrático antisistémico de masas, la situación actual podría conducir finalmente a un nuevo baño de sangre orquestado por un régimen militar temporal, o simplemente a una continuación del mismo régimen “democrático” con un cambio de personal en la élite política y la aplicación de versiones más moderadas de las actuales políticas encaminadas a una mayor integración de Argentina en la globalización neoliberal.

La estrategia del Municipalismo Libertario

La estrategia del Municipalismo Libertario (ML) expresa la política de la ecología social que ha sido teorizada por Murray Bookchin³⁵ y recientemente codificada por Janet Biehl³⁶. No voy a examinar aquí en detalle las diferencias filosóficas y conceptuales entre los proyectos de la ecología social/ML y la DI, cosa que he realizado en otra ocasión³⁷, pero creo que una breve descripción de estas diferencias es necesaria debido a su importancia respecto a los objetivos y a las estrategias de los dos proyectos.

Como he tratado de mostrar en *Hacia una democracia inclusiva* (HDI), el proyecto de una sociedad democrática no puede basarse en un proceso evolutivo de cambio social, ya sea teleológico (como el materialismo dialéctico de Marx) o no-teleológico (como el naturalismo dialéctico de Bookchin). Por lo tanto, mientras que en el proyecto de la DI no hay un proceso dialéctico que conduce a una democracia inclusiva, que consecuentemente sólo puede ser el resultado de la *praxis* basada en un proyecto político, en la problemática del ML, una sociedad democrática y ecológica es el resultado

35 Ver por ejemplo Murray Bookchin, “Libertarian Municipalism: An Overview,” *Society and Nature*, Vol.1, No. 1, (1992) págs. 93-104; “The meaning of confederalism”, *Society and Nature*, Vol. 1, No. 3, (1993) págs. 41-54 y “Communalism: The Democratic Dimension of Anarchism,” *Democracy and Nature* (anteriormente *Society and Nature*), Vol. 3, No. 2 (1996), págs. 1-17.

36 Biehl, *Las políticas de la ecología social: municipalismo libertario*, (Virus Editorial, 2009), capítulo 7.

37 Ver Takis Fotopoulos, *Hacia una democracia inclusiva*, capítulo 8; ver también Takis Fotopoulos, ‘Social Ecology, Eco-Communitarianism and Inclusive Democracy’, *Democracy & Nature*, Vol. 5, No. 3 (November 1999), págs. 561-576.

de la actividad humana que tiene lugar en un proceso de Progreso que se define como “la actividad auto-dirigida de la historia y la civilización hacia una creciente racionalidad y libertad.”³⁸ Sin embargo, esta es una suposición que, tal y como he tratado de mostrar en otra ocasión³⁹, es a la vez insostenible e indeseable. No obstante, es en este proceso de Progreso que el desarrollo de las fuerzas productivas, según Bookchin, nos conduce a una sociedad de la “post-escasez”, a pesar de que la enorme desigualdad entre clases, regiones y países que impone la organización capitalista de la sociedad no permite, actualmente, que la potencialidad de la sociedad de la post-escasez se realice plenamente.

Si se adopta, como hace la ecología social, esta ficción comunista de una sociedad de la post-escasez, no hay necesidad de un mecanismo democrático de asignación de recursos económicos escasos, es decir, no hay necesidad de una democracia económica. Todo lo que se requiere es un conjunto de principios morales que guíen el reparto, una economía moral.⁴⁰ Esta es la razón por la cuál Bookchin nunca se molestó en proponer un mecanismo de asignación de recursos alternativo al mecanismo de mercado y de planificación,⁴¹ e insiste que en una sociedad comunista de la post-escasez “la misma idea de economía ha sido reemplazada por relaciones éticas (en vez de productivas), grupos de trabajo, contratos de Proudhon, justicia de Rawls, y otras cuestiones no serían ni siquiera pertinentes.”⁴² Por lo tanto, la concepción de una sociedad democrática por parte de la ecología social presupone la existencia de unas condiciones materiales previas para la libertad, puesto que la entrada al reino de la libertad depende de factores “objetivos” como la llegada de un estado mítico de abundancia material.

Por otro lado, en la problemática de la DI, el vínculo entre post-escasez y libertad se rompe. La abolición de la escasez y, consecuentemente, de la división del trabajo, no es ni una condición necesaria ni suficiente para la democracia, y el ascenso del ser humano desde el reino de la necesidad al reino de la libertad (una hipótesis que va desde Aristóteles, a través de Locke y Marx, hasta Arendt y Bookchin) se desvincula del proceso económico. De todos modos, históricamente ha habido diversas ocasiones en las que varios grados de libertad han sobrevivido en condiciones que se podrían caracterizar como pertenecientes al “reino de la necesidad.” Además, cuando dejamos de tratar los dos reinos como mutuamente excluyentes, no hay ninguna justificación para tratar de dominar la naturaleza -un elemento importante en la ideología marxista del crecimiento- con la finalidad de entrar en el reino de la libertad.

A consecuencia de estas diferencias filosóficas fundamentales entre la ecología social y la problemática de la DI, surgen algunas diferencias cruciales respecto a la concepción de la democracia que utilizan los dos proyectos y, por consiguiente, en las estrategias que proponen. Así, la ecología social/ML centra su concepción democrática en el ámbito político, excluyendo otros ámbitos. Este es el resultado inevitable del hecho de que Bookchin utiliza una concepción restringida de la esfera pública que (en contraste con la esfera privada o social que comprende la producción y la vida económica) incluye sólo el ámbito político (el ámbito de la política real) y el Estado (el ámbito del arte de gobernar). Por ende, en primer lugar, en el proyecto del ML no hay

38 M. Bookchin, *The Philosophy of Social Ecology*, (Montreal: Black Rose, 1995) pág. 12. (aunque Bookchin explícitamente reconoce que la evolución social es profundamente diferente de la evolución orgánica, ve una “direccionalidad” hacia una sociedad democrática ecológica, *ibid.* pág. 17)

39 Ver Takis Fotopoulos, *Hacia una democracia inclusiva*, capítulo 8

40 Biehl, *Las políticas de la ecología social: municipalismo libertario*, (Virus Editorial, 2009), capítulos 10 y 11

41 Sobre un mecanismo de asignación de recursos para una democracia económica ver Takis Fotopoulos, *Hacia una democracia inclusiva*, capítulo 6.

42 Murray Bookchin, ‘Comments on the International Social Ecology Network Gathering and the ‘Deep Social Ecology’ of John Clark’, *Democracy & Nature*, Vol. 3, No. 3 (1997), pág. 185.

una concepción de la democracia económica -cosa que hizo que los socialistas estatistas insinuaran que el ML podría apoyarse implícitamente en la asignación de los recursos mediante el mercado⁴³. Además, en el ML tampoco hay ninguna concepción de “democracia en el ámbito social” (en el lugar de trabajo, las instituciones educativas, el hogar, etc.) -cosa que lo ha hecho vulnerable a las acusaciones por parte de feministas, socialistas estatistas y demás de que ignora efectivamente las cuestiones de las “diferencias identitarias” y las diferencias entre los ciudadanos como trabajadores y los ciudadanos como ciudadanos.

Michel Albert, por ejemplo, profundiza agresivamente en las críticas anteriores y acusa al Municipalismo Libertario de poner la economía a cargo de la política. Sin embargo, aunque esta crítica tiene algún fundamento, debido a la concepción restringida de la esfera pública y de la democracia que adopta la ecología social, los socialistas estatistas como Albert difícilmente tienen derecho a plantear estas críticas. Esto se debe a que su propio proyecto de economía participativa se caracteriza, en primer lugar, por una evidente falta de comprensión del significado de autonomía individual y social y por lo tanto de la incompatibilidad de la representación (que éste adopta) con la democracia⁴⁴. En segundo lugar, tal y como remarqué en HDI, el modelo de Albert y Hahnel de la Parecon⁴⁵ no sólo implica una estructura muy burocrática que fue acertadamente caracterizada como “burocracia participativa” y que, junto con la multiplicidad de controles que se proponen para limitar el derecho de las personas a consumir, “sentaría las bases para la perpetuación o la reaparición del Estado”⁴⁶, sino que también implica una grave restricción de la autonomía del individuo en general y de la libertad de elección en particular, como consecuencia de su dependencia exclusiva en la planificación para la asignación de recursos, que podría acabar fácilmente en un nuevo tipo de autoritarismo⁴⁷.

Por otro lado, el proyecto de la DI amplía la esfera pública tradicional para incluir cualquier ámbito de la actividad humana donde es posible un proceso democrático de toma de decisiones, es decir, el ámbito político, el económico, el ecológico y el “social” (no en el sentido privado). Así, el ámbito político se define como el ámbito de la toma de decisiones políticas, el espacio donde se ejerce el poder político, que puede adoptar la forma de democracia política (directa), como la define la DI, o bien de “democracia” representativa (liberal/parlamentaria), como en la actualidad. Del mismo modo, el ámbito económico se define como el ámbito de la toma de decisiones económicas, el espacio donde se ejerce el poder económico en relación a las decisiones económicas generales que cualquier sociedad de la escasez debe tomar, que puede adoptar la forma de una democracia económica, como en el proyecto de la DI, de una economía de mercado (como en la actualidad) o de una economía planificada (como en el caso del “socialismo real”). Finalmente, el ámbito social se define como el ámbito de la toma de decisiones “sociales” (en un sentido amplio), el espacio donde se ejerce el poder “social” (lugares de trabajo, centros educativos, medios de comunicación, instituciones culturales, etc.) que puede adoptar la forma de un proceso democrático, como en el caso de la DI, o de unas estructuras jerárquicas, como en la actualidad. A estos ámbitos debemos de añadir un “ámbito ecológico”, que se define como el ámbito de las relaciones entre el mundo natural y el social, que puede adoptar la forma de la reintegración de la sociedad con la naturaleza,

43 Ver Michael Albert, *Assessing Libertarian Municipalism*, web Z-net

44 Esto resulta obvio por declaraciones como las siguientes: “No estoy seguro, por ejemplo, de porqué el Municipalismo Libertario estima que no es posible diseñar ningún medio de representación para funcionar de manera compatible con las asambleas populares, de modo que se preserve la democracia pero se funcione mejor en situaciones que trascienden los asuntos de pequeños grupos”, *ibid*.

45 Michael Albert and Robin Hahnel, *Looking Forward: Participatory Economics for the Twenty-First Century* (Boston: South End Press, 1991).

46 John Crump, “Markets, Money and Social Change”, *Anarchist Studies*, Vol. 3, No. 1 (Spring 1995), págs. 72-73.

47 Ver Fotopoulos, *Hacia una democracia inclusiva*, capítulo 5

como propone el proyecto de la DI, o del intento de dominarla, como en la actualidad. El resto de ámbitos de actividad y la toma de decisiones individuales pertenecen a la esfera privada.

La consecuencia de la mencionada ampliación de la esfera pública es que la perspectiva de la DI utiliza una concepción multidimensional de la democracia que expresa una síntesis de las tradiciones democrática y socialista con las demandas de los nuevos movimientos sociales radicales. Así pues, la democracia política, económica y la democracia en el ámbito social, tienen como objetivo la distribución igualitaria del poder político, económico y social respectivamente, mientras que la democracia ecológica tiene como objetivo la reintegración de la sociedad y la naturaleza⁴⁸.

Por lo tanto, aunque los proyectos de la DI y del ML tienen algunos elementos en común, las cruciales diferencias filosóficas y conceptuales que he mencionado al principio implican diferentes estrategias de transición a una sociedad alternativa. Así pues, la estrategia del ML, según la describe Bookchin, tiene el objetivo de “transformar y democratizar los gobiernos de las ciudades, arraigarlos en asambleas populares, unirlos en redes confederales, apropiarse de la economía regional por vías municipales y confederales”⁴⁹. En otras palabras, el objetivo es desarrollar “una esfera pública -y en el sentido ateniense del término, una política- que crezca en tensión y en última instancia en un conflicto decisivo con el Estado”⁵⁰. Así pues, en la estrategia de transición del ML no hay lugar para la construcción de instituciones de democracia económica y democracia en el ámbito social, como medio para crear una ruptura con el paradigma social dominante y generar la consciencia democrática “mayoritaria” que conducirá a una democracia inclusiva confederal. En vez de esto, la estrategia del ML está totalmente basada en el objetivo exclusivo de “recuperar el ámbito político”⁵¹. Esta es la consecuencia inevitable del hecho de que el proyecto del ML tiene el objetivo de construir una democracia política más que una democracia inclusiva, mientras que en el proyecto de la DI la democracia política es sólo un componente de la democracia inclusiva. Bookchin y Bielh son explícitos cuando afirman que⁵²:

“Los cafés y las tiendas de alimentos de tipo comunitario-cooperativo, las comunas, los colectivos de producción y demás (...) no son en sí mismas instituciones municipalistas libertarias, ya que forman parte del ámbito social más que del ámbito político. Puesto que estos proyectos se encuentran inmersos en el sistema capitalista, tampoco se puede confiar en la persistencia de su naturaleza cooperativa.

Sin embargo, aunque es cierto que estas instituciones económicas alternativas pueden ser fácilmente marginadas o integradas en la economía de mercado, esto no sucederá necesariamente si las actividades de los que están implicados en el establecimiento y el funcionamiento de estas instituciones forman parte de una estrategia transicional sistémica, con sus propios objetivos y medios, y no representan simplemente algún tipo de “anarquismo de estilo de vida”.

Finalmente, la estrategia del ML no implica la creación de una organización política alternativa, como la que se describe aquí, y se basa en cambio en la creación de grupos con el único objetivo de “recuperar el ámbito político” funcionando como catalizadores para la creación de asambleas

48 Ver Fotopoulos, *Hacia una democracia inclusiva*, capítulo 5.

49 Murray Bookchin, “Libertarian Municipalism: An Overview,” *Society and Nature*, Vol. 1, No.1, (1992), pág. 102.

50 Murray Bookchin, *Communalism: The Democratic Dimension of Anarchism*.

51 Bielh, *Las políticas de la ecología social: municipalismo libertario*, (Virus Editorial, 2009), capítulo 7

52 *ibid.* pág. 66; ver también la entrevista a Bookchin en el mismo libro.

ciudadanas⁵³ -un objetivo totalmente insuficiente no sólo para la creación de una democracia inclusiva sino incluso para la creación de una conciencia democrática “inclusiva”.

En conclusión, la estrategia del ML podría, en el mejor de los casos, crear la conciencia para la democracia política y no para la democracia económica y ecológica, ni para la democracia en el ámbito social. La creación de este tipo de conciencia “inclusiva” requiere que los ciudadanos experimenten por sí mismos una democracia inclusiva en la práctica y esto sólo se puede conseguir si participan activamente en el establecimiento y la organización de instituciones políticas, económicas y sociales alternativas, en vez de simplemente instituciones políticas, como sugiere el ML.

3. Estrategias “intermedias”

Estrategias de “anarquismo de estilo de vida”

Como he mencionado anteriormente, podemos caracterizar como estrategias de “anarquismo de estilo de vida” todas aquellas actividades, espontáneas o no, en el ámbito económico o en el ámbito social en general, que no son parte integral de un proyecto político para el cambio sistémico. Estas actividades pueden incluir la construcción de comunas o eco-aldeas, así como proyectos de agricultura apoyada por la comunidad (*Community Supported Agriculture*), mercados de agricultores, fideicomisos de las tierras, LETS, desarrollo económico local y tecnologías alternativas. Clasificaré entonces como activistas “de estilo de vida” todas aquellas personas que están involucradas en este tipo de actividades por sí mismas (aunque utilicen eslóganes antisistémicos para justificarlas) más que con el objetivo explícito de construir un nuevo movimiento político antisistémico con una clara concepción de una sociedad futura y una estrategia para alcanzarla. Aunque Bookchin, que encunó el término de “anarquismo de estilo de vida”, no describió específicamente qué actividades podrían incluirse en esta categoría, creo que las actividades anteriormente mencionadas presentan a menudo muchas de las características atribuidas por Bookchin a este término: el arremetimiento contra la organización, el compromiso programático y el análisis social serio, así como el rechazo a la necesidad de construir un movimiento político (a diferencia del movimiento anarcosindicalista que en su punto álgido se dedicó a crear un movimiento organizado, como hemos visto anteriormente) basándose en cambio en producir el cambio social “mediante el ejemplo” y el correspondiente cambio de valores. Lo que motiva estas actividades, tal y como lo describió Bookchin, en realidad “expresa el planteamiento de Foucault de la 'insurrección personal' más que de la revolución social.”⁵⁴

Estas actividades están muy extendidas en países como Gran Bretaña desde la década de 1970, cuando las ideas de Colin Ward (y de otros alrededor de él) respecto a lo que denominaban “anarquía en acción” (*Anarchy in Action*) -en campos tan diversos como la planificación urbanística, la vivienda, la educación y los huertos urbanos- se volvieron influyentes. Hoy en día diversas corrientes anarquistas expresan tendencias similares, exaltando las virtudes de las cooperativas, que consideran como “el anarquismo en su manifestación más práctica”, puesto que “permiten llevar a cabo la práctica del anarquismo en el marco de una economía capitalista más amplia”⁵⁵, o bien adoptan un anarquismo “pragmático”, que rechaza las demandas antisistémicas tradicionales de los anarquistas de abolir la economía de mercado y el dinero!⁵⁶ Sin embargo, es completamente

53 Biehl, *Las políticas de la ecología social: municipalismo libertario*, (Virus Editorial. 2009), capítulo 7.

54 Murray Bookchin, *Social Anarchism or Lifestyle Anarchism*, (Edinburgh: AK Press, 1995) pág. 10.

55 Tom Cahill, ‘Co-operatives and anarchism’ en *For Anarchism*, ed by David Goodway, (London: Routledge, 1989, págs. 235-258).

56 John Griffin, ‘Dodgy Logic and the Olympians’, *Total Liberty*, Vol. 2, No. 1 (1999), págs. 10-11; ver también

a-histórico sugerir, tal y como hacen algunos anarquistas “pragmáticos” (de estilo de vida)⁵⁷ que del mismo modo que el capitalismo evolucionó a partir del feudalismo, una nueva sociedad liberadora podría surgir en el futuro a partir de instituciones alternativas que se están estableciendo hoy mediante actividades relacionadas con la “anarquía en acción”. El error fundamental de este análisis es que la sociedad capitalista fue ciertamente un desarrollo evolutivo, pero no tanto en cuanto a sus instituciones económicas y políticas, en el establecimiento de las cuales (tal y como he tratado de mostrar en otra ocasión⁵⁸) el Estado desempeñó un papel crucial. De hecho, la sociedad capitalista fue un desarrollo evolutivo principalmente en cuanto a su carácter heterónomo, es decir, por el hecho de que una nueva élite capitalista simplemente reemplazó la antigua élite feudal. Sin embargo, una sociedad liberadora es una sociedad autónoma, una “especie” de sociedad completamente diferente, que implica la abolición de la concentración institucional del poder en manos de varias élites. Este es un cambio revolucionario que nunca podrá alcanzarse mediante algún tipo de evolución, incluso si esta evolución pudiese ser acelerada mediante las actividades de los “anarquistas en acción”, los anarquistas de estilo de vida, etc., que están involucrados en el establecimiento de instituciones alternativas aquí y allá, fuera de un movimiento político programático, con sus propios objetivos, medios y estrategia.

Como remarcaba Bookchin, las diferencias esenciales entre las estrategias de estilo de vida y del ML giran entorno al papel del individuo respecto al cambio social. En las estrategias relativas al estilo de vida se considera que el cambio social empieza por el estilo de vida de la persona y continua esquivando el Estado y la economía de mercado, más que por la impugnación de estos y el intento de sustituirlos por nuevas instituciones sociales. Por otro lado, la estrategia del ML enfatiza el papel del individuo social, esto es, del individuo que participa en las luchas políticas en el ámbito local y en las luchas sociales en general, con el objetivo de llevar a cabo el cambio social, no “dando ejemplo”, sino creando una confederación de municipios que estará en tensión con el Estado-nación, hasta que éste sea sustituido por aquella.⁵⁹ El proyecto de la DI, aunque por supuesto también enfatiza el papel del individuo social en el cambio social, utiliza un concepto de libertad en términos de autonomía individual y social que tiene el objetivo de superar la dualidad del individualismo frente al colectivismo⁶⁰ y, en este sentido, se diferencia del proyecto del ML que adopta el colectivismo.

La importancia que las estrategias de estilo de vida y las estrategias similares de la “anarquía en acción” otorgan al individuo (en lugar de al individuo social) las ha conducido inevitablemente a la marginación social, como ha demostrado el impacto social casi insignificante de los movimientos inspirados por estas estrategias en los últimos 25 años. Además, esta tendencia, inevitablemente, no ha escapado a la trampa de “estar tan inclinada hacia la idea de las reformas de los valores y el estilo de vida individuales como camino político principal para el cambio social radical, que acaba pareciendo verdaderamente contraria a la noción de lo colectivo”⁶¹ -trampa de la que el movimiento *New Age* es una muestra clara.

Además, las actividades de las personas involucradas en este tipo de “anarquía en acción” o anarquismo de estilo de vida de ninguna manera constituyen un movimiento, y mucho menos un

mi respuesta “Pragmatic ‘anarchism’ or anarchism?” *Total Liberty*, Vol. 2, No. 2 (2000), págs. 6-8.

57 Ver por ejemplo Richard Griffin, ‘Evolution Versus Revolution,’ *Total Liberty*, Volume 2 Number 2 (Spring 2000), págs. 9-10.

58 Takis Fotopoulos, *Hacia una democracia inclusiva*, capítulo 1; ver también Fotopoulos, *The Myth of postmodernity*.

59 Murray Bookchin, *Libertarian Municipalism: An Overview* pág. 102.

60 Ver Takis Fotopoulos, *Hacia una democracia inclusiva*, capítulo 4.

61 David Pepper, *Eco-socialism: From Deep Ecology to Social Justice* (London: Routledge, 1993), pág. 200.

movimiento político. En primer lugar, no existe una organización común, lo que implica que para ser precisos deberíamos denominar a los grupos involucrados en este tipo de actividades como encuentros espontáneos de personas con ideas y valores similares, más que “movimientos organizados” dignos de este nombre. En segundo lugar, los activistas involucrados no comparten una visión común del mundo. Además, como los activistas que se implican en estas actividades tan diversas nunca han formulado un programa común con unos objetivos, una estrategia y una ideología compartida, no podemos hablar de un marco común de valores que caracterice los participantes de estos “movimientos”. Finalmente, las actividades de muchos de los participantes involucrados no están relacionadas con la política antisistémica (en el sentido de promover una sociedad alternativa), si es que podemos decir que están relacionadas con la política de algún modo! De hecho, muy a menudo este tipo de actividades son tan inofensivas políticamente que las élites políticas las utilizan frecuentemente para sus propias finalidades.

Como he señalado en otra ocasión⁶², este tipo de actividad es completamente ineficaz para producir un cambio sistémico. Aunque es útil para crear una cultura alternativa entre pequeños sectores de la población y, al mismo tiempo, subir la moral a los activistas que desean ver un cambio inmediato en sus vidas, esta estrategia no tiene ninguna posibilidad de éxito -en el contexto de la enorme concentración de poder que existe hoy- para crear la mayoría democrática necesaria para un cambio social sistémico. Los proyectos que propone pueden ser muy fácilmente marginados o absorbidos por la estructura de poder existente (como ha pasado muchas veces en el pasado) mientras que su efecto en el proceso de socialización es mínimo, sino nulo. Esto es particularmente cierto debido a que este tipo de estrategias normalmente se concentran en asuntos concretos, que no son parte de un programa político general para la transformación social y, por lo tanto, no contribuyen a crear la consciencia “antisistémica” necesaria para el cambio sistémico. Finalmente, el cambio social sistémico nunca puede llevarse a cabo fuera de la arena política y social principal. La eliminación de las estructuras y las relaciones de poder actuales no puede conseguirse “dando ejemplo” ni educando y persuadiendo. Para destruir el poder se necesita una base de poder y el único modo en que este objetivo podría ser coherente con los objetivos del proyecto democrático sería, en mi opinión, mediante el desarrollo de un programa general para la transformación radical de la sociedad que empezará con la transformación de las estructuras políticas y económicas locales.

Este último punto se vuelve particularmente importante si tenemos en cuenta que los valores, que están sumamente influenciados por el paradigma social dominante, no pueden cambiar independientemente de un cambio en las estructuras a una escala social significativa. Por tanto, no es sorprendente que la implícita o a veces explícita suposición que hacen muchos activistas involucrados en las actividades “de estilo de vida”⁶³ es que primero deben cambiar los valores y finalmente se dará un “cambio estructural.” Esto contrasta con el planteamiento marxista en el que primero deben cambiar las estructuras mediante la construcción de un movimiento antisistémico. Por otro lado, el enfoque de la DI implica una síntesis de estos dos planteamientos así como también del planteamiento de acción directa (del que hablaremos seguidamente). Así, según la estrategia de la DI, el cambio de valores está interrelacionado con el cambio en las estructuras a una escala social significativa y es dependiente de éste. Es en la lucha contra las instituciones actuales y en el proceso paralelo de crear instituciones alternativas que se puede crear un movimiento antisistémico de masas, un movimiento que se basará en una nueva conciencia y

62 Takis Fotopoulos, “Las limitaciones de las estrategias de estilo de vida: el “movimiento” de las ecoaldeas no es el camino hacia una nueva sociedad democrática”, *Democracy & Nature*, Vol. 6, No. 2 (July 2000), págs. 287-308. En español, en línea: <http://www.detourne.org/det3.pdf>

63 Ver por ejemplo Ted Trainer, “Debating the significance of the Global Eco-village Movement; A reply to Takis Fotopoulos” *Democracy & Nature*, Vol. 8, No. 1 (March 2002)

sistema de valores revolucionario. Esto se debe a que el objetivo de crear una conciencia democrática genuina entre los ciudadanos presupone una “experiencia vivida” de democracia -algo que sólo puede realizarse mediante el establecimiento paralelo de nuevas instituciones de democracia política y económica. Esto sólo se puede hacer en el contexto de un movimiento antisistémico que cumpla las condiciones descritas más arriba -un movimiento comprometido con la lucha contra el sistema existente así como con la construcción en paralelo de nuevas instituciones, mediante la creación de lo que denomino democracias inclusivas locales que conllevan el establecimiento de nuevas instituciones políticas, sociales y económicas a una escala social importante. Un nuevo movimiento de este tipo podría desempeñar el papel de catalizador para la transición (que no tiene que ser necesariamente violenta) a una democracia inclusiva confederal.

Así pues, la cuestión que se plantea aquí es: ¿debemos descartar este tipo de actividades de estilo de vida, tal y como hace el Municipalismo Libertario, sólo porque pertenecen al ámbito social o económico? ¿O bien, alternativamente, debemos verlas, tal y como hace Ted Trainer⁶⁴, como “la mejor manera que tenemos ahora para empezar a construir el movimiento de masas”? La respuesta del proyecto de la DI a ambas preguntas es negativa. Construir instituciones económicas y sociales alternativas en el seno del sistema actual es tan necesario como construir instituciones políticas alternativas en forma de asambleas ciudadanas. Sin embargo, a menos que este tipo de actividades se lleven a cabo como parte integral de un proyecto político con estrategias, medios y objetivos claramente antisistémicos, no tienen ningún potencial de convertirse en un movimiento masivo y nunca perderán su carácter de estilo de vida, siendo en el proceso fácilmente marginadas o integradas en el sistema -como ocurre actualmente.

Por lo tanto, es evidente que necesitamos una nueva estrategia que constituya una síntesis del antiguo planteamiento marxista, basado en la creación de un movimiento antisistémico para luchar contra el sistema actual, el planteamiento anarquista, basado en la “prefiguración”, es decir, en construir lo nuevo en el seno de lo viejo, y, finalmente, el planteamiento propuesto por los “nuevos” movimientos sociales (feminista, ecologista, etc.) que propone formas democráticas de organización y actividades de acción directa. Esto implica la creación de una organización política democrática con objetivos y medios claramente antisistémicos que luchará por la creación de un nuevo movimiento antisistémico de masas que aspire a una democracia inclusiva, en otras palabras, un movimiento que combinará la lucha contra el sistema actual con la lucha paralela para crear un nuevo sistema en el seno del viejo.

La estrategia de acción directa

Los partidarios de las actividades de acción directa, que van desde protestas perturbadoras (ocupaciones, bloqueo de carreteras, etc.) y manifestaciones masivas (violentas o no) hasta la huelga general, pueden tener objetivos reformistas o antisistémicos. Así, para los partidarios reformistas de la acción directa como Peter Hain (que en su juventud era un ferviente defensor de la acción directa pero actualmente, como miembro del gobierno de Tony Blair, es un partidario entusiasta del bombardeo de Yugoslavia y Afganistán!) la acción directa es “un medio legítimo y vital de ampliar las fronteras de la democracia”⁶⁵, “de la libertad y la justicia social”⁶⁶. Para los

64 Ted Trainer, *Debating the significance of the Global Eco-village Movement; A reply to Takis Fotopoulos*; ver también Takis Fotopoulos, *The transition to an alternative society: the Ecovillage movement, the Simpler Way and the Inclusive Democracy project* (ibid.).

65 Peter Hain, *Radical Regeneration, Protest, Direct Action and Community Politics*, (London: Quartet Books, 1975) pág. 99.

66 ibid. pág. 102.

reformistas como él, “la acción directa es esencialmente una forma personal de acción que emana de la conciencia individual... (para conseguir) el cambio mediante la confrontación más que la negociación” -aunque, desde su punto de vista, la confrontación debería limitarse estrictamente a la violencia contra la propiedad corporativa y nunca debería tomar la forma de guerra de guerrilla urbana con atentados contra la propiedad⁶⁷.

Por otro lado, para los partidarios antisistémicos de la acción directa, ésta siempre ha sido una arma importante para el cambio social, particularmente en forma de huelga general. Sin embargo, mientras que los anarcosindicalistas pensaban en la huelga general como un medio de inaugurar la revolución social, para los marxistas como Rosa Luxemburgo la “huelga de masas” se adoptaba por razones diferentes. Así, Luxemburgo era muy crítica con la posición anarquista sobre esta cuestión y consideraba la huelga de masas “no como un medio para pasar de repente a la revolución social a través de un golpe de efecto teatral, sino como un medio, principalmente, para que el proletariado creara las condiciones de la lucha política cotidiana y especialmente del parlamentarismo”⁶⁸.

Hoy en día, la acción directa es utilizada tanto por los marxistas como por los anarquistas, pero también por los reformistas. El “movimiento” anti-globalización, en el que todas estas tendencias se mezclan, es una clara ilustración de esto. De hecho, como remarqué en otra ocasión,⁶⁹ es la propia naturaleza heterogénea de los diversos grupos que participan en las actividades anti-globalización, la que hace difícil caracterizar a sus participantes como un “movimiento”. Así, las corrientes reformistas en el seno de este movimiento (ONG's, sindicalistas, ecologistas convencionales, etc.) principalmente consideran las actividades anti-globalización como una forma de desobediencia civil que tiene el objetivo de “resistir” a la globalización, mientras que las corrientes radicales la consideran un medio para “educar” a las personas sobre la necesidad del cambio sistémico, que finalmente podría acabar conduciendo realmente a él.

Sin embargo, el grave error que comete la izquierda reformista que adopta un enfoque “no-sistémico” de la globalización -planteamiento adoptado por marxistas como Amin, Wallerstein, Panitch y otros, así como también por libertarios como Noam Chomsky- es que suponen que la globalización neoliberal es reversible, incluso en el seno del sistema de economía de mercado y “democracia” representativa. La consecuencia lógica de esta posición es la adopción de estrategias de acción directa para “resistir” a la globalización neoliberal, como si ésta fuera reversible mediante tácticas de desobediencia civil, similares a las utilizadas para oponerse a la guerra del Vietnam! Sin embargo, como he tratado de mostrar en otra ocasión,⁷⁰ la globalización neoliberal no es una cuestión de política (como lo era la guerra del Vietnam) ni siquiera una cuestión que las élites pueden elegir y por lo tanto, no es reversible en el marco institucional existente. Como hemos visto anteriormente, una economía de mercado hoy en día sólo puede ser internacionalizada, dado que el crecimiento (y por tanto la rentabilidad) de las corporaciones transnacionales (CTNs), que controlan la economía de mercado mundial, depende de mercados abiertos y “liberalizados” en todo el mundo. Esto significa que incluso el establecimiento de controles sociales efectivos sobre la economía de mercado internacionalizada para proteger el medio ambiente y el trabajo es imposible hoy en día. Esto implica que, a lo sumo, todo lo que los anti-globalizadores pueden esperar conseguir con su acción es algún tipo de reformas (indoloras

67 *ibid*, págs. 99-101.

68 Rosa Luxemburgo, *The Mass Strike, The Political Party and the Trade Unions* (London, Merlin Press, 1906), pág.14.

69 Ver Takis Fotopoulos, ‘*The End of Traditional Antisystemic Movements*’ y también ‘*Globalisation, the Reformist Left and the Anti-globalisation “movement”*’.

70 Ver Takis Fotopoulos, *Globalisation, the Reformist Left and the Anti-globalisation movement*.

para la élite) como la tasa Tobin o medidas similares perseguidas por ATTAC, el Foro Social Mundial de Portoalegre, etc., es decir, una “globalización con rostro humano”.

Así pues, es evidente que el “movimiento” anti-globalización, en su forma actual, no podrá superar su carácter de “movimiento de resistencia” organizado de la “multitud” contra el “imperio” -tal y como Hardt y Negri⁷¹ describen la resistencia reformista contra la globalización. Por lo tanto, no es difícil predecir que si las corrientes radicales en el sí de este “movimiento” no prevalecen, éste, o bien desaparecerá progresivamente en el futuro, o simplemente se transformará en otro tipo de “nuevo” movimiento social (como, por ejemplo, el ecologista) y será integrado en el “sistema” poco después.

Sin embargo, ¿qué podemos decir acerca del potencial del movimiento anti-globalización o, en general, de cualquier movimiento de acción directa, como medio educativo para el cambio sistémico? La respuesta aquí depende crucialmente del “contexto” de esta acción directa. Si este contexto es, como en el caso del movimiento anti-globalización, el de una plataforma de consenso que expresará necesariamente el mínimo común denominador de las demandas de los diversos activistas que forman parte de ésta, su potencial es nulo. Esto se debe a que esta plataforma será inevitablemente reformista y el planteamiento del “reformismo-como-estrategia” ha fracasado estrepitosamente para crear una conciencia antisistémica en cualquier escala social importante. Por otro lado, si el “contexto” de la acción directa es un movimiento con claras demandas antisistémicas, entonces su potencial depende de si esta acción es una parte integral de un movimiento político programático de masas para el cambio sistémico. Si este es el caso, la acción directa es una parte indispensable (junto con algunas actividades que hoy forman parte de las estrategias “de estilo de vida” y la concurrencia a las elecciones locales) de la estrategia transicional y podría desempeñar un papel importante para lograr el cambio sistémico creando las condiciones de la lucha política cotidiana por una democracia inclusiva. Pero si esta acción no es parte de un proyecto político y un movimiento de este tipo, su potencial como herramienta educativa es nulo, dado su carácter exclusivamente negativo. Este es el caso, por ejemplo, de las corrientes antisistémicas en el seno del “movimiento” anti-globalización que sólo pueden definir aquello a lo que se oponen pero no pueden hacer ninguna propuesta coherente de aquello con lo que están a favor de reemplazar la globalización neoliberal y la economía de mercado, teniendo como resultado la alienación de muchos simpatizantes entre el público general.

La acción directa por sí sola, y la inevitable represión estatal que a menudo la acompaña, no puede conducir nunca a la “revolucionarización” de un movimiento ni a la creación “espontánea” del análisis que requiere la situación actual, completado con una clara concepción de la estructura de la sociedad futura, la estrategia transicional, etc. -aunque, por supuesto, esto no significa que el proyecto liberador deba ser “cientificado” una vez más!⁷² Esta es una visión claramente romántica e históricamente falsa sobre cómo cambian las sociedades que nos remonta hasta el período anterior a que la gente descubriera, hace unos ciento cincuenta años, que los movimientos antisistémicos organizados son necesarios para reemplazar un sistema y que la mayoría de la población debería haber desarrollado una clara conciencia antisistémica, viviendo realmente en las instituciones de la nueva sociedad, antes de que tenga lugar una transición real hacia ésta. La historia nos ha enseñado que esta es la única manera de evitar otro experimento totalitario.

Es evidente, por lo tanto, que ni la acción directa ni el anarquismo de estilo de vida/anarquía en acción podrían, por sí mismos, conducir al cambio sistémico, ni siquiera crear la conciencia de

71 Ver M. Hardt & A. Negri, *Empire* (Cambridge Mass.: Harvard University Press, 2000)

72 Takis Fotopoulos, *Globalisation, the reformist Left and the anti-globalisation movement*, pág. 274.

masas para éste, a menos que (¡lo voy a repetir una vez más!) este tipo de actividades formen parte de un movimiento político programático para el cambio sistémico, con su propio análisis de la crisis actual, unos objetivos claros acerca de una sociedad futura y una estrategia transicional general que conduzca a ella. Un proyecto de este tipo podría estar basado, tal y como propone el proyecto de la Democracia Inclusiva, en una síntesis de las tradiciones socialista libertaria y democrática con las corrientes radicales en el sí de los “nuevos” movimientos sociales (ecologista, feminista, etc.) que aspire a reintegrar la sociedad con la economía, la política y la naturaleza en la forma de una democracia “inclusiva”. Sin embargo, ¿qué forma debería adoptar un nuevo movimiento antisistémico para la realización de un proyecto de este tipo?

4. La estrategia de transición del proyecto de la DI

El punto de partida de este planteamiento es que el mundo, a principios del nuevo milenio, afronta una crisis multidimensional (económica, ecológica, social, cultural y política) causada por la concentración de poder en manos de diversas élites, a consecuencia del establecimiento, en los últimos dos siglos, del sistema de la economía de mercado, la “democracia” representativa y las formas relacionadas de estructuras jerárquicas. Si aceptamos esta premisa, entonces la salida obvia de esta crisis es la abolición de las estructuras y relaciones de poder, es decir, la creación de condiciones para la distribución igualitaria del poder entre los ciudadanos. Una forma en que se podría llevar a cabo este tipo de sociedad es la estrategia que propone el proyecto de la Democracia Inclusiva,⁷³ que implica la creación de estructuras políticas, económicas y sociales que aseguren la democracia directa, la democracia económica, la democracia ecológica y la democracia en el ámbito social. También implica la creación de un nuevo paradigma social que, para lograr la reproducción de la democracia inclusiva, debe pasar a ser mayoritario.

Además, el proyecto de la Democracia Inclusiva no sólo ofrece una salida realista y coherente de la actual crisis multidimensional, sino también una forma de construir una nueva globalización basada en estructuras realmente democráticas. La creación de un nuevo orden mundial basado en una democracia inclusiva implica la construcción de confederaciones de democracias inclusivas locales, regionales y nacionales. Esto conducirá a una globalización que no se basará en la distribución desigual del poder y la dominación del ser humano sobre el ser humano y la naturaleza, como sucede en la actual globalización, sino en la distribución igualitaria de todas las formas de poder entre seres humanos autónomos y la eliminación de todas las formas de dominación. También se basará en un sistema económico sostenible que satisfará las necesidades básicas de toda la población del planeta, mediante un mecanismo de asignación de recursos entre las confederaciones, en el sí de un plan confederal de asignación de recursos a nivel planetario. Finalmente, la satisfacción de las necesidades no-básicas se determinaría en el ámbito local, de una forma que asegure la libertad de elección, mientras que los intercambios de excedentes entre confederaciones se organizarían a través de convenios multilaterales.

Una estrategia a largo plazo para una democracia inclusiva confederal

El proyecto de la Democracia Inclusiva no sólo ofrece una visión realista de una sociedad alternativa, que realmente hace falta hoy en día tras el colapso del socialismo estatista, sino también una estrategia a largo plazo y un programa a corto plazo que nos conducirá a esta sociedad.⁷⁴

73 Ver Fotopoulos, *Hacia una democracia inclusiva*, capítulo 8, contra la ‘cientificación’ u ‘objetivización’ del proyecto liberador.

74 Para una descripción detallada de una democracia inclusiva ver Takis Fotopoulos, *Hacia una democracia*

Así, la estrategia de la DI implica la construcción de un movimiento político programático de masas, como el antiguo movimiento socialista, con un objetivo abiertamente universalista para cambiar la sociedad a través de auténticas vías democráticas, empezando aquí y ahora. Por lo tanto, un movimiento de este tipo debería apuntar explícitamente a un cambio sistémico, así como también a un cambio paralelo en nuestros sistemas de valores. Esta estrategia comportaría una implicación gradual de un número cada vez mayor de personas en un nuevo tipo de política y una transferencia paralela de recursos económicos (trabajo, capital, tierra) fuera de la economía de mercado. El objetivo de una estrategia de este tipo debería ser producir cambios en el marco institucional, así como en los sistemas de valores, que, después de un período de tensión entre las nuevas instituciones y el Estado, en algún momento, sustituirían la economía de mercado, la “democracia” representativa y el paradigma social que las “justifica”, por una democracia inclusiva y un nuevo paradigma democrático respectivamente.

La razón de ser de esta estrategia es que, como el cambio sistémico requiere una ruptura con el pasado, que abarca tanto el ámbito institucional como el cultural, una ruptura de este tipo sólo es posible mediante el desarrollo de una nueva organización política y un nuevo programa político global para el cambio sistémico que creará una clara conciencia antisistémica a gran escala. Esto contrasta con la estrategia socialista estatista, que acaba creando una clara conciencia antisistémica sólo respecto a una vanguardia, o con las actividades de estilo de vida que, si es que crean alguna conciencia antisistémica, esta se limita a los pocos miembros de diversos “grupúsculos” libertarios. Sin embargo, la creación de una nueva cultura, que debe ser hegemónica antes de que la transición hacia una democracia inclusiva pueda efectuarse, sólo es posible mediante la construcción paralela de nuevas instituciones políticas y económicas a una escala social importante. En otras palabras, sólo se puede desarrollar un movimiento político de masas con una conciencia democrática mediante la acción para construir tales instituciones. Esta estrategia crea las condiciones para la transición, tanto las “subjetivas”, en términos de contribuir al desarrollo de una conciencia democrática, como las “objetivas”, en términos de la creación de nuevas instituciones que sentarán las bases de una democracia inclusiva. Al mismo tiempo, el establecimiento de estas nuevas instituciones ayudará de manera decisiva, aquí y ahora, a las víctimas de la concentración de poder asociada al marco institucional actual y especialmente a las víctimas de la globalización neoliberal a resolver los problemas que ésta crea.

Así pues, las personas que hoy en día están alienadas de todas las formas de poder, especialmente de poder político y económico, tendrían todos los incentivos para involucrarse en este movimiento y votar en las elecciones locales por el establecimiento de una “democracia en acción” en su zona. Serán plenamente conscientes del hecho de que problemas como el paro y la pobreza sólo podrían resolverse en instituciones de DI (empresas demóticas, bienestar demótico, etc.). También sabrán que problemas como la contaminación del aire, del agua y de los alimentos sólo podrán solucionarse eficazmente, y a una escala social masiva, si los ciudadanos empiezan a tomar el control del poder local en el sí de las instituciones de DI en vez de en el contexto de comunas fuera de la arena política y social principal. Finalmente, sabrán que a menos que obtengan el poder político en el ámbito local y a continuación, mediante confederaciones de democracias inclusivas locales, en el ámbito regional, nunca podrán controlar sus vidas. En otras palabras, las personas se involucrarán en la lucha por el establecimiento de instituciones de democracia inclusiva, no por el anhelo de una noción abstracta de democracia, sino porque, mediante su propia acción, podrán comprender que la causa de todos sus problemas (económicos, sociales y ecológicos) ha sido el hecho de que el poder ha estado concentrado en pocas manos.

Así pues, el objetivo de una estrategia de DI es la creación, desde abajo, de “bases populares de poder político y económico”, esto es, el establecimiento de democracias inclusivas locales, que, en una fase posterior, se confederarán con el fin de crear las condiciones para el establecimiento de una nueva democracia inclusiva confederal. Por lo tanto, un elemento fundamental de la estrategia de la DI es que las instituciones políticas y económicas de democracia inclusiva empiecen a establecerse inmediatamente después de que un número significativo de personas en una zona particular haya sentado las bases para la “democracia en acción” -preferiblemente, pero no exclusivamente, a la escala social masiva que asegura la victoria en las elecciones locales en virtud de un programa de DI.

Pero, ¿qué tipo de estrategia puede asegurar la transición hacia una democracia inclusiva? Un principio rector general para escoger una estrategia transicional apropiada es la concordancia entre medios y fines. Obviamente, una estrategia que apunte a una democracia inclusiva no puede realizarse utilizando prácticas políticas oligárquicas, o actividades individualistas. Además, como hemos visto anteriormente, esta estrategia no debería limitarse a luchar contra el sistema actual sino que también debería “prefigurar” el del futuro.

Así, con respecto a la lucha contra el sistema actual, pienso que deberían apoyarse sin vacilaciones todas aquellas luchas que pueden contribuir a poner de manifiesto la naturaleza represiva de la democracia estatista y la economía de mercado, es decir, cualquier tipo de acción colectiva en forma de conflictos de clase entre las víctimas de la economía de mercado y las élites dirigentes, o la élite transnacional que “administra” la economía de mercado internacionalizada. Sin embargo, debería remarcarse a cada paso la naturaleza sistémica de las causas de estos conflictos y esta tarea obviamente no se puede dejar en manos de los dirigentes burocráticos de los sindicatos y otras organizaciones tradicionales. Esta es la tarea de las asambleas de los lugares de trabajo que forman una parte integral de un movimiento hacia una democracia inclusiva, que podrían confederarse y participar en otras luchas, como parte de un movimiento democrático más amplio basado en las comunidades (*demos*) y sus estructuras confederales. Asimismo, los activistas del movimiento de DI obviamente deberían participar en actividades de acción directa contra la globalización neoliberal, o contra el grave recorte de libertades políticas que se ha institucionalizado con el pretexto de la “guerra contra el terrorismo”, aliándose con otros grupos antisistémicos radicales -siempre y cuando, por supuesto, al hacerlo, expresen la problemática de la DI y planteen las demandas coherentes con esta.

Del mismo modo, respecto a la “prefiguración” del sistema futuro, también se deberían apoyar actividades como por ejemplo los proyectos de Desarrollo Económico Comunitario (*Community Economic Development*), las fábricas autogestionadas, las cooperativas de vivienda, los LETS, las comunas, las granjas autogestionadas y demás -siempre y cuando, de nuevo, estas formen parte de un movimiento político programático con claros objetivos, medios y estrategias para el cambio sistémico, como el movimiento de la DI.

La importancia de las elecciones locales

Concurrir a las elecciones locales proporciona el medio más eficaz para difundir de forma masiva un programa para una democracia inclusiva, así como la oportunidad de iniciar su implementación inmediata a una escala social importante. En otras palabras, participar en las elecciones locales no es sólo un ejercicio educativo, sino también una expresión de la creencia de que hoy en día una democracia directa y económica sólo puede establecerse en el ámbito local, aunque, por supuesto,

las democracias inclusivas locales deben estar confederadas para asegurar la transición hacia una democracia confederal. La razón por la que tenemos que empezar desde el ámbito local a cambiar la sociedad es que el **demos** es la unidad social y económica fundamental de una futura sociedad democrática. Por lo tanto, la participación en las elecciones locales es una parte importante de la estrategia para obtener poder, con el fin de desmantelarlo inmediatamente el día siguiente a la victoria electoral, reemplazando el papel de las autoridades locales en la toma de decisiones por el de las asambleas. Además, concurrir a las elecciones locales da la posibilidad de empezar a cambiar la sociedad desde abajo, que es la única estrategia democrática, en contraste con los planteamientos estatistas que pretenden cambiar la sociedad desde arriba mediante la conquista del poder estatal, y los planteamientos “civil societarios” que no pretenden ningún tipo de cambio sistémico.

Sin embargo, el principal objetivo de la acción directa, así como de la participación en las elecciones locales, no es sólo la conquista del poder sino la ruptura del proceso de socialización y, por lo tanto, la creación de una mayoría democrática “desde abajo”, que legitimará las nuevas estructuras de democracia inclusiva. Teniendo en cuenta este objetivo, es evidente que la participación en las elecciones nacionales es un medio especialmente inadecuado, ya que, aunque un movimiento de democracia inclusiva ganase unas elecciones nacionales, esto conduciría inevitablemente a un proceso de “revolución desde arriba”. Esto se debe a que la ruptura en el proceso de socialización sólo puede ser gradual y en continua interacción con la progresiva implementación del programa de democracia inclusiva, que, por las razones anteriormente mencionadas, siempre debería empezar en el ámbito local. Por otro lado, un intento de implementar el nuevo proyecto a través de la conquista del poder en el ámbito nacional no ofrece ninguna oportunidad para este tipo de interacción entre la teoría y la práctica ni para la necesaria homogeneización de la conciencia respecto a la necesidad de un cambio sistémico.

Si hay alguna lección que la historia nos ha enseñado, ésta es que la causa fundamental del fracaso de las anteriores tentativas de cambio sistémico, tanto revolucionarias como reformistas, fue precisamente la considerable desigualdad en el nivel de la conciencia, en otras palabras, el hecho de que todas las revoluciones del pasado tuvieron lugar en un entorno donde sólo una minoría de la población había roto con el paradigma social dominante. Esto dio una oportunidad de oro a diversas élites para volver una parte de la población en contra de otra (por ejemplo en Chile), o condujo al desarrollo de estructuras autoritarias para proteger la revolución (por ejemplo en las revoluciones francesa o rusa), frustrando todo intento de crear estructuras de distribución igualitaria del poder. Sin embargo, para que una revolución sea realmente exitosa, se presupone una ruptura con el pasado, tanto a nivel subjetivo de la conciencia como a nivel institucional. Con todo, cuando una revolución en el pasado era “desde arriba”, tenía una buena oportunidad de lograr su primer objetivo, abolir el poder del Estado y establecer su propio poder, pero, precisamente porque era una revolución desde arriba, con sus propias estructuras jerárquicas, etc., no tenía ninguna posibilidad de cambiar el paradigma social dominante más que formalmente, es decir, a nivel de la ideología oficial (obligatoria). Por otro lado, aunque la revolución desde abajo siempre ha sido el planteamiento correcto para convertir democráticamente a las personas al nuevo paradigma social, en el pasado este enfoque adoleció del hecho de que el desarrollo desigual de la conciencia entre la población no permitió que los revolucionarios alcanzaran ni siquiera su primer objetivo de abolir el poder estatal. Por lo tanto, el principal problema con respecto al cambio sistémico siempre ha sido cómo éste podría realizarse, desde abajo, pero por parte de una mayoría de la población, de modo que la abolición democrática de las estructuras de poder pudiera volverse factible. Cabe esperar que la estrategia de la DI ofrezca una solución a este problema crucial.

Así pues, una vez las instituciones de la Democracia Inclusiva empiecen a estar instauradas, y las personas, por primera vez en sus vidas, empiecen a tener poder real para determinar su propio destino, se pondrá en marcha la erosión gradual del paradigma social dominante y del marco institucional actual. Se creará una nueva base de poder popular. Una a una, las ciudades pequeñas y las mayores, así como las regiones, quedarán fuera del control efectivo de la economía de mercado y de las formas de organización estatista (nacional o internacional) y las estructuras políticas y económicas correspondientes serán reemplazadas por confederaciones de comunidades gestionadas democráticamente. Un paradigma social alternativo pasará a ser hegemónico y se producirá la ruptura en el proceso de socialización -la condición previa para un cambio en la institución de la sociedad. Se creará un doble poder en tensión con las formas estatistas de organización, lo que en última instancia puede conducir o no a la confrontación con las élites dirigentes en función de la balanza de poder que se haya desarrollado hasta el momento. Sin duda, cuanto mayor sea la atracción de los ciudadanos por las nuevas instituciones, menor será la posibilidad de que las élites dirigentes recurran a la violencia para restablecer el poder del Estado y de las instituciones de la economía de mercado, en las cuales reside su propio poder.

5. El sujeto emancipador en la modernidad neoliberal

La necesidad de un nuevo tipo de movimiento

Hoy en día, como he tratado de mostrar en otra ocasión⁷⁵, afrontamos el fin de los movimientos antisistémicos “tradicionales”: la cuestión ya no es impugnar una forma de poder u otra sino impugnar el poder en sí mismo, en el sentido de su distribución desigual que constituye la base de la heteronomía. En otras palabras, lo que se necesita hoy en día es un nuevo tipo de movimiento antisistémico que debería poner en entredicho la heteronomía en sí misma, y no simplemente las diversas formas de heteronomía, como solía ser el caso en los movimientos antisistémicos “tradicionales” que impugnaban la distribución desigual del poder económico (movimientos socialistas estatistas), del poder político (socialistas libertarios) o del poder social (feministas, etc.) como base de todas las demás formas de poder. Por lo tanto, la cuestión es impugnar la desigualdad en la distribución de toda forma de poder, en otras palabras, las relaciones y estructuras de poder en sí mismas.

Es este colapso de los movimientos antisistémicos tradicionales el que pone sobre la mesa la necesidad de un nuevo tipo de movimiento antisistémico. Una segunda razón, que está relacionada con la primera y que justifica todavía más la necesidad de un movimiento de este tipo, es el hecho de que hoy en día no sólo afrontamos el fin de los movimientos antisistémicos tradicionales sino también de las tradicionales divisiones de clase marxistas. Sin embargo, el hecho de que hoy en día afrontemos el fin de la política de clase no significa que ya no exista un “sistema” como tal, o “divisiones de clase”. Lo que significa es que hoy afrontamos nuevas “divisiones de clase”.⁷⁶ Así, en la problemática de la DI, la desaparición progresiva de las clases económicas en el sentido marxista simplemente significa la muerte de las divisiones de clase tradicionales y el nacimiento de nuevas divisiones de clase “holísticas”, es decir, divisiones basadas en las estructuras de poder del sistema socioeconómico en sí mismo y no sólo en algunos aspectos de este, como las relaciones económicas solamente, o bien las relaciones de género, la política

75 Para una descripción detallada ver Takis Fotopoulos, *Hacia una democracia inclusiva*, capítulo 7; ver también Takis Fotopoulos, ‘Mass Media, Culture and Democracy’, *Democracy & Nature*, Vol. 5, No. 1 (March 1999), pág. 33-64 y ‘*The limitations of Life-style strategies*’.

76 Ver Takis Fotopoulos, *The End of Traditional Antisystemic Movements*.

identitaria, los valores y demás. En otras palabras, las actuales divisiones sociales entre grupos sociales dominantes y subordinados en el ámbito político (políticos profesionales frente al resto de ciudadanos), en el ámbito económico (propietarios, directores y *mánagers* frente a trabajadores, subordinados, etc.) y en el ámbito social en general (hombres frente a mujeres, blancos frente a negros, mayorías étnicas frente a minorías étnicas y demás) se basan en estructuras institucionales que reproducen una distribución desigual del poder y en las culturas e ideologías correspondientes (es decir, el “paradigma social dominante”).

En la sociedad actual, las principales estructuras que institucionalizan la distribución desigual del poder son la economía de mercado y la “democracia” representativa, aunque otras estructuras que institucionalizan la distribución desigual del poder entre sexos, razas, etnias, etc. no pueden “reducirse” a estas dos estructuras principales. Por lo tanto, la sustitución de estas estructuras por instituciones que aseguren la distribución igualitaria del poder político, económico y social en una democracia inclusiva es la condición necesaria (aunque no suficiente) para la creación de una nueva cultura que eliminaría la distribución desigual del poder entre todos los seres humanos, independientemente del sexo, la raza, la etnia, etc. Por lo tanto, el intento por parte de ecologistas, feministas y otros partidarios de la política de la diferencia y la identidad de cambiar la cultura y los valores primero, como forma de cambiar algunas estructuras de poder existentes (en vez de dedicarse a luchar para substituir todas las estructuras que reproducen la distribución desigual del poder y, en esta lucha, crear los valores que sostendrían las nuevas estructuras), está condenado a la marginación y al fracaso, logrando (en el mejor de los casos) algunas reformas por el camino.

Es evidente pues, que aunque ya no es pertinente hablar de divisiones de clase monolíticas, esto no excluye la posibilidad de que, cuando los grupos sociales que pertenecen al sujeto emancipador tal como se define a continuación desarrollen una conciencia compartida sobre los valores y las instituciones que crean y reproducen estructuras de distribución desigual del poder, puedan unirse, principalmente, no contra los grupos sociales dominantes como tales sino contra el marco institucional jerárquico y aquellos que lo defienden. El elemento unificador que puede unir a los miembros de los grupos sociales subordinados entorno a un proyecto liberador como el proyecto de la DI es su exclusión de las diversas formas de poder -una exclusión que se basa en la distribución desigual del poder que las instituciones actuales y los valores correspondientes establecen. Esto nos conduce a la cuestión crucial que afronta cualquier estrategia transicional: la “identidad” del sujeto emancipador, o como solía denominarse, el “sujeto revolucionario”.

El sujeto emancipador en la sociedad actual

Todas las estrategias antisistémicas en el pasado se basaban en el supuesto de que el sujeto revolucionario se identifica con el proletariado, aunque en el último siglo diversas variaciones de este planteamiento proponían incluir en el sujeto revolucionario los campesinos⁷⁷ y luego los estudiantes.⁷⁸ Sin embargo, los “cambios sistémicos” que caracterizaron el paso de la modernidad estatista a la modernidad neoliberal y los cambios en la estructura de clase relacionados con este, así como la paralela crisis ideológica,⁷⁹ significaron el fin de las divisiones de clase tradicionales, como he mencionado anteriormente -aunque no el fin de las divisiones de clase como tal- como sugieren los social-liberales.⁸⁰ Aún así, parte de la izquierda radical, a pesar de los evidentes

77 Ver Takis Fotopoulos, *Class Divisions Today-the Inclusive Democracy Approach*.

78 Ver por ejemplo Mao Tse-Tung, ‘Report of an investigation of the peasant movement in Hunan’ (March 1927) en *Selected Readings from the works of Mao Tse-Tung* (Peking: Foreign Languages Press, 1967).

79 Ver por ejemplo Ernest Mandel, ‘The new vanguard’ en Tariq Ali’s (ed) *The New Revolutionaries* (New York: William Morrow &Co, 1969).

80 Ver Takis Fotopoulos, *The End of Traditional Antisystemic Movements*.

cambios sistémicos, insiste en reproducir el mito de la clase obrera revolucionaria, normalmente redefiniéndola de formas a veces tautológicas.⁸¹ Al mismo tiempo, autores de la izquierda libertaria como Bookchin⁸² y Castoriadis⁸³ se pasaron a una posición según la cual, en la definición del sujeto emancipador, tenemos que abandonar cualquier “criterio objetivo” y suponer que el conjunto de la población (“el pueblo”) está receptivo -o cerrado- a una perspectiva revolucionaria. Finalmente, los postmodernistas reemplazan las divisiones de clase por diferencias identitarias y substituyen el “sistema político” por la fragmentación y la diferencia. Esto ha conducido inevitablemente a una situación en la que se niega la unidad sistémica del capitalismo, o su propia existencia como sistema social, y “en vez de las aspiraciones universalistas del socialismo y las políticas integradoras de la lucha contra la explotación de clase, tenemos una pluralidad de luchas particulares esencialmente desconectadas que termina con una sumisión al capitalismo”.⁸⁴

En la problemática de la DI, lo que necesitamos hoy en día es un nuevo paradigma que, reconociendo las diferentes identidades de los grupos sociales que constituyen diversas subtotalidades (mujeres, minorías étnicas, etc.) admita al mismo tiempo la existencia de un sistema socio-económico global que asegure la concentración de poder en manos de diversas élites y grupos sociales dominantes en la sociedad en conjunto. Este paradigma es el paradigma de la Democracia Inclusiva, que responde a la actual multiplicidad de relaciones sociales (género, etnia, raza y demás) con conceptos complejos de igualdad en la distribución de toda forma de poder que reconoce las diferentes necesidades y experiencias de las personas. De hecho, el problema principal en la política emancipadora hoy en día es cómo todos los grupos sociales, que potencialmente forman la base de un nuevo sujeto emancipador, podrían unirse con una visión común del mundo, un paradigma común, que vea la causa última de la presente crisis multidimensional en las actuales estructuras que aseguran la concentración de poder en todos los ámbitos, así como en los sistemas de valores correspondientes. En esta problemática, dada la amplia perspectiva del proyecto por una democracia inclusiva, un nuevo movimiento que aspire a una democracia inclusiva debería atraer prácticamente a todos los sectores de la sociedad, aparte, por supuesto, de los grupos sociales dominantes, es decir, las élites gobernantes y la clase alta.

Así, el componente de democracia económica del proyecto de la DI debería atraer fundamentalmente a las principales víctimas de la economía de mercado internacionalizada, es decir, a las clases bajas y a los marginados (parados, obreros, empleados con salarios bajos, trabajadores a tiempo parcial, trabajadores ocasionales, agricultores que están desapareciendo debido a la expansión de la agroindustria), así como a los estudiantes, futuros miembros de las clases medias profesionales, que ven desaparecer rápidamente sus sueños de estabilidad laboral en los mercados laborales “flexibles” que se están creando. También debería atraer a una parte importante de la nueva clase media que, sin poder unirse a la “clase alta”, vive en condiciones de inseguridad constante, particularmente en los países del Sur, tal y como mostró la crisis argentina.

El componente de democracia política del proyecto de la DI debería atraer a todas aquellas personas que actualmente están involucradas en movimientos locales centrados en una sola cuestión a falta de algo mejor. Tal como reconocen incluso los teóricos del social-liberalismo, aunque la confianza en los políticos profesionales y las instituciones de gobierno está

81 Ver, por ejemplo, Anthony Giddens, *The Third Way* (Oxford: Polity Press, 1998).

82 Ver por ejemplo Erik Olin Wright, *Classes*, (London: Verso, 1985/1997) y D. Ames Curtis, ‘On the Bookchin/Biehl resignations and the creation of a new liberatory project’, *Democracy & Nature*, Vol. 5, No. 1, pág. 163-74.

83 Murray Bookchin, *Post-scarcity anarchism*, (London: Wildwood House, 1974), pág. 191

84 C. Castoriadis, entrevista introductoria en *The Castoriadis Reader*, editada por David Ames Curtis, (Oxford: Blackwell, 1997) págs. 26-27.

disminuyendo drásticamente, la decadencia de la política parlamentaria no equivale a despolitización. Esto se hace evidente por el crecimiento paralelo de nuevos movimientos sociales, ONG's, iniciativas ciudadanas, etc. No es extraño que el "movimiento de pequeños grupos" (*small group movement*) (es decir, pequeños colectivos de personas que se encuentran regularmente para promover su interés común) esté aumentando mucho, con el 40 por ciento de la población de los Estados Unidos -unos 75 millones de americanos- participando al menos en un pequeño grupo, mientras que en el Reino Unido los grupos de auto-ayuda y los grupos ambientalistas se han expandido rápidamente en los últimos años.⁸⁵ Aunque esta celebrada expansión de la "sociedad civil" se concentra en la nueva clase media, este es un indicio del anhelo de una auténtica democracia en la que todo el mundo cuenta en el proceso de toma de decisiones. Además, dado que el alcance de la participación ciudadana se limita actualmente a cuestiones singulares, no es extraño que sean los movimientos y organizaciones que se centran en una sola cuestión los que aumenten. En otras palabras, se puede argumentar que la expansión del movimiento de pequeños grupos indica, de hecho, un desplazamiento desde la pseudo-democracia en el ámbito nacional -en la que el sistema de representación anula la participación colectiva- a la pseudo-democracia en el ámbito local -en la que las decisiones políticas y económicas importantes se siguen dejando en manos de las élites políticas y económicas pero al mismo tiempo, en una especie de "sub-política", grupos de ciudadanos en la "activa" sociedad civil reivindican el derecho de tomar decisiones en cuestiones secundarias o locales.

Finalmente, el componente ecológico del proyecto de la DI, así como el que se relaciona con la "democracia en el ámbito social", debería atraer a todas aquellas personas que se preocupan por los efectos de la concentración de poder sobre el medio ambiente y a las que están oprimidas por las estructuras patriarcales y otras estructuras jerárquicas en la sociedad actual.⁸⁶

Así pues, en resumen, es necesario que la nueva organización política esté fundada en una base política lo más amplia posible. En mi opinión, esto significa un amplio espectro de activistas radicales, que incluya activistas anti-globalización, ecologistas radicales, partidarios del proyecto de autonomía, socialistas libertarios, feministas radicales, libertarios de izquierdas y cualquier otro activista que adopte el proyecto democrático. El proyecto de la DI debería atraer a todos estos activistas radicales dado su amplio atractivo social para la gran mayoría de la población. Por lo tanto, los siguientes grupos sociales podrían ser potencialmente la base de un nuevo "sujeto emancipador" por el cambio sistémico:

- Las víctimas del sistema de economía de mercado en su actual forma internacionalizada, es decir, los desempleados, empleados con salarios bajos, trabajadores ocasionales, agricultores en vías de extinción, etc.
- Aquellos ciudadanos, especialmente en los "grupos medios", que están alienados por el actual arte de gobernar que se hace pasar por "política" y que ya reivindican el derecho a la autodeterminación a través de diversos grupos locales de la comunidad.
- Los trabajadores, subordinados, etc. que están explotados y alienados por las estructuras jerárquicas en el lugar de trabajo.
- Las mujeres que están alienadas por las estructuras jerárquicas tanto en el hogar como en el lugar de trabajo y que anhelan una familia democratizada basada en la igualdad, el respeto mutuo, la autonomía, la responsabilidad y la toma de decisiones compartida, la igualdad sexual y emocional.

85 Ellen Meiksins Wood, *Democracy Against Capitalism*, (Cambridge: Cambridge University Press, 1995) pág. 262.

86 Ver Anthony Giddens, *The Third Way*, págs. 80-81.

- Las minorías étnicas o raciales, que están alienadas por una “democracia” estatista discriminadora que divide la población en ciudadanos de primera y de segunda clase.
- Todas aquellas personas que se preocupan por la destrucción del medio ambiente y el deterioro acelerado de la calidad de vida, que actualmente están organizadas en movimientos ecologistas reformistas, eco- aldeas aisladas, etc.

No hay duda de que algunos de estos grupos actualmente pueden considerar que sus objetivos están en conflicto con los de otros grupos (los grupos de clase media frente los grupos de víctimas de la economía de mercado internacionalizada y demás). Sin embargo, como he mencionado anteriormente, el proyecto de la DI ofrece un paradigma común que consiste en un análisis de las causas de la presente crisis multidimensional en términos de las actuales estructuras que aseguran la distribución desigual del poder y sus valores correspondientes, así como de los fines y los medios que podrían conducirnos a una sociedad alternativa. Por lo tanto, la lucha para construir un movimiento inspirado en este paradigma, que para tener éxito debe convertirse en un movimiento internacional, es urgente, así como imperativa, de modo que los diversos grupos sociales que forman el nuevo sujeto liberador puedan funcionar como el catalizador para una nueva sociedad que reintegraría la sociedad con la política y la economía, los seres humanos con la naturaleza.

6. Un nuevo tipo de política y de organización política

Un nuevo tipo de política

La vieja política está condenada al fracaso, ya que la acelerada internacionalización de la economía de mercado confluye con la continua decadencia de la “democracia” representativa. La impotencia del Estado para controlar efectivamente las fuerzas del mercado, a fin de abordar problemas fundamentales como el desempleo masivo, la pobreza, la creciente concentración de ingresos y riqueza y la continua destrucción del medio ambiente, ha conducido a la apatía política y al cinismo de las masas, particularmente la subclase y los marginados. Como resultado, hoy en día todos los partidos compiten por el voto de las clases medias que, de hecho, determinan el proceso político. Al mismo tiempo, las fantasías de democratización de la sociedad civil por parte de algunos sectores de la “izquierda” también están condenadas al fracaso. Como he mencionado anteriormente, a la internacionalización de la economía de mercado la sigue inevitablemente la internacionalización de la sociedad civil. En otras palabras, la competencia impone la norma del mínimo común denominador con respecto a los controles sociales y ecológicos sobre los mercados. Por lo tanto, el tipo de sociedad civil que está destinado a prevalecer es aquel que es compatible con el grado de mercantilización que caracteriza a las partes más competitivas de la economía global.

Es evidente, pues, que necesitamos un nuevo tipo de política que comprendería la creación de democracias inclusivas locales, es decir, la creación de un nuevo ámbito público que involucraría:

- A los ciudadanos como ciudadanos tomando decisiones sobre cuestiones políticas, económicas y sociales generales en el marco institucional de las asambleas demóticas.
- A los ciudadanos como trabajadores tomando decisiones sobre el funcionamiento de las empresas demóticas en el marco institucional de las asambleas en los centros de trabajo.
- A los ciudadanos como estudiantes tomando decisiones sobre el funcionamiento de universidades, escuelas, etc.

Esta nueva política requiere un nuevo tipo de organización política que desempeñará el papel de catalizador para su surgimiento. Así pues, ¿qué forma debería tener esta nueva organización política y cómo podemos hacerlo para crearla?

Un nuevo tipo de organización política

Es evidente que el nuevo tipo de organización política debería reflejar en sí misma la estructura deseada de la sociedad. Esta no sería el partido político habitual, sino una forma de “democracia en acción”, que emprendería diversas formas de intervención en el ámbito local, siempre como parte de un programa general para la transformación social que se proponga la transformación final de cada autoridad local en una democracia inclusiva. Estas formas de intervención deberían extenderse a todos los ámbitos de la esfera pública en el sentido amplio definido anteriormente y deberían implicar:

- **En el ámbito político**, la creación de instituciones políticas “paralelas” basadas en la democracia directa (asambleas de barrio, etc.) así como diversas formas de acción directa (marchas, reuniones, jornadas pedagógicas y desobediencia civil) contra las instituciones políticas existentes y sus actividades.
- **En el ámbito económico**, el establecimiento de un sector “demótico” (es decir, un sector que comprenda unidades de producción demóticas que son poseídas y controladas colectivamente por los ciudadanos, un sistema de bienestar demótico, etc.), así como diversas formas de acción directa contra las actuales instituciones económicas y sus actividades.
- **En el ámbito social**, la creación de instituciones de autogestión en el centro de trabajo, en el centro educativo, etc., así como la participación en luchas por la democracia de los trabajadores, la democracia en el hogar, la democracia en las instituciones educativas y demás.
- **En el ámbito ecológico**, el establecimiento de unidades de producción y consumo ecológicamente sensatas, así como la acción directa contra la destrucción corporativa de la naturaleza.
- **En el ámbito cultural**, actividades que apunten a la creación de un arte controlado por la comunidad (en lugar de las actuales actividades artísticas controladas por las élites) y medios de comunicación alternativos que ayudarán a hacer del sistema de valores compatible con una democracia inclusiva la cultura hegemónica de la sociedad.

Lo que sigue es una descripción general de los pasos que pueden hacerse en la construcción de una organización de DI, aunque por supuesto, la forma concreta que este proceso tomará en la práctica dependerá crucialmente de las condiciones y prácticas sociales.

El primer paso en la construcción de una organización de este tipo podría ser iniciar un encuentro entre un cierto número de personas interesadas en la DI en una determinada zona con el objetivo de formar un grupo de estudio para discutir sobre este proyecto. Después de una serie de encuentros entre las personas implicadas y como resultado de las discusiones sobre la cuestión, se podrían formular un conjunto de principios “no negociables” que expresen los objetivos del grupo

respecto a la meta de la Democracia Inclusiva. Este programa mínimo debería expresar los objetivos, medios y estrategia básica del grupo de DI.⁸⁷ Asimismo, el grupo debería formular su estructura organizativa siguiendo líneas no jerárquicas, así como basar su proceso de toma de decisiones en los principios de la democracia directa.

El siguiente paso podría ser la publicación de un boletín local, o en el caso de ciudades grandes una revista local, en la que se publicaría este programa mínimo, así como también comentarios sobre noticias locales o nacionales/internacionales desde la perspectiva de la DI y breves textos teóricos sobre los objetivos, los medios y la estrategia del proyecto de la DI. Las noticias sobre actividades relevantes, locales o no, deberían tener especial importancia. En este estadio, el grupo de DI podría empezar a involucrarse en la organización de encuentros públicos en los que se discutan cuestiones (económicas, ecológicas, sociales, etc.) de particular interés para la población local. Todas estas cuestiones deberían presentarse por parte de miembros del grupo expresando la perspectiva de la DI y acto seguido debería tener lugar un debate con los ciudadanos locales.

A medida que el número de personas involucradas en el grupo de DI aumente, éste puede empezar a participar en luchas locales (o incluso iniciarlas en diversas cuestiones de importancia para el establecimiento de una DI) y también -aliándose con otros grupos similares de otras zonas- en luchas sobre cuestiones regionales, nacionales o internacionales. Con este objetivo, el grupo debería estar en contacto con grupos locales similares de la misma región, país y de otros países para formar confederaciones de grupos de DI autónomos (en el ámbito regional, nacional e internacional) para intercambiar información, organizar luchas, encuentros públicos, etc. La creación de un boletín electrónico de DI podría desempeñar un papel importante en este proceso. También deberían fomentarse las alianzas con otros grupos radicales de izquierda sobre temas específicos (por ejemplo, para reemplazar la actual Unión Europea de capitalistas por una Comunidad Europea de pueblos) en los que se puede lograr una visión de consenso sobre las demandas a plantear.

Finalmente, una vez que un número suficiente de activistas se haya unido al grupo de modo que este pueda adoptar la forma de una organización política de DI (con una estructura organizativa y un proceso de toma de decisiones similares a los del grupo original), la organización de DI puede empezar a ampliar sus actividades y involucrarse en la creación de instituciones locales de democracia política y económica, así como de democracia en el ámbito social (lugar de trabajo, centro educativo, etc.), actividades culturales, etc. -ver más abajo. Al mismo tiempo, la organización de DI debería empezar a concurrir a las elecciones locales, inicialmente con un objetivo educativo, es decir, para familiarizar a los ciudadanos a una escala social importante sobre el proyecto de la DI. Sin embargo, una vez que la organización de DI haya ganado las elecciones en una zona particular, debería empezar a implementar el programa de transición para la construcción de una democracia inclusiva. No es necesario añadir que en todas estas etapas los activistas del movimiento de DI no actúan como “cuadros del partido” sino como catalizadores para la creación de las nuevas instituciones. En otras palabras, su compromiso siempre es con las propias instituciones democráticas y no con la organización política.

7. La transición hacia una democracia inclusiva

Un nuevo orden mundial basado en una democracia inclusiva es una forma de organización social que reintegra la sociedad con la economía, la política y la naturaleza, en un marco institucional que

⁸⁷ Ver Takis Fotopoulos, *Hacia una democracia inclusiva*, capítulos 5, 6 y 7; ver también Murray Bookchin, “The Ghost of Anarcho-Syndicalism”, *Anarchist Studies*, Vol. 1, No. 1 (Spring 1993), págs. 3-24.

asegura las condiciones necesarias para la distribución igualitaria de todas las formas de poder. Esto implica la creación de instituciones de:

- Democracia política (democracia directa), basadas en procesos que garanticen que todas las decisiones políticas (incluyendo aquellas relacionadas con la formulación y ejecución de leyes) se toman por el cuerpo de ciudadanos (el *demos*) colectivamente y sin representación, así como en estructuras que institucionalicen la distribución igualitaria del poder político.
- Democracia económica, en las que la *demos* (comunidad) controla el proceso económico, en un marco institucional de propiedad y control demóticos de los medios de producción y distribución, más allá de los confines de la economía de mercado y la planificación estatal.
- Democracia en el ámbito social, en la que todas las instituciones de la esfera pública donde se pueden tomar decisiones colectivas (por ejemplo, en los lugares de trabajo, los centros educativos, las instituciones culturales, etc.) son autogestionadas bajo control global de la *demos*, mientras que las relaciones personales se basan en un sistema de valores compatible con las instituciones democráticas generales de la sociedad, es decir, un sistema de valores basado en los principios de autonomía individual y social y solidaridad, que excluye cualquier forma de dominación basada en cuestiones de género, raza, etnia, diferencias culturales, etc.
- Democracia ecológica, en las que el marco institucional de la DI y el sistema de valores compatible con éste aseguran la reintegración del ser humano con la naturaleza.

Por lo tanto, la transición hacia una democracia inclusiva debe incluir medidas para hacer avanzar la sociedad hacia cada uno de los componentes anteriormente mencionados. Los grupos locales/organización de DI deberían formular un programa global para el cambio social que detalle para su zona el objetivo general de crear una forma de organización social diferente, basada en una democracia inclusiva. En otras palabras, el programa debería dejar absolutamente claro que el objetivo final de los diversos proyectos que se incluyen en él es la sustitución de la estructura oligárquica actual por una democracia inclusiva, como se ha definido anteriormente. Esto implica que se debería luchar por este programa no sólo como un nuevo tipo de política sino como la propia estructura política que conduce a una democracia inclusiva.

La transición hacia una democracia política

El programa para la transición a una democracia inclusiva que los grupos locales/organización de DI formularán, empezando por las demandas que movilicen a las personas entorno a sus preocupaciones inmediatas, debería tener los siguientes objetivos básicos:

- a) Desarrollar una “conciencia alternativa” respecto a los métodos de resolución de los problemas políticos, económicos, sociales y ecológicos de manera democrática. Por lo tanto, debería conectar la crisis multidimensional de hoy en día con el sistema socio-económico actual y la necesidad de reemplazarlo por una democracia inclusiva confederal;
y
- b) Hacer propuestas sobre cómo empezar a construir las propias instituciones políticas, económicas y sociales que llevarían a una democracia inclusiva. Por lo tanto, debería proponer medidas que condujeran tanto a una mayor auto-dependencia política y

económica como a procesos democráticos de toma de decisiones que afecten a la vida de los ciudadanos.

Respecto al punto “a”, esto es, el objetivo de crear una conciencia alternativa, el programa debería remarcar porqué la “democracia” representativa no tiene nada que ver con el significado original de democracia y fue en realidad una invención americana cuya verdadera intención era diluir el poder popular.⁸⁸ En la “democracia” representativa las personas entregan su poder a los políticos profesionales elegidos (con la ayuda a gran escala de la élite económica y los medios de comunicación que esta controla) que se comprometen a unas pocas generalidades vagas con respecto a las personas, pero a políticas específicas con respecto a la élite económica que realmente los elige. El único “poder” que se otorga a la gente en este sistema es el de cambiar cada cuatro años aproximadamente una pandilla de políticos profesionales por otra para que lleve a cabo en realidad el mismo tipo de políticas, especialmente en el actual sistema de globalización neoliberal en el que incluso las antiguas diferencias entre partidos políticos han desaparecido efectivamente. Tal como un graffiti del Mayo del 68 resumía la “democracia” representativa: “Es doloroso someternos a nuestros jefes, pero es aún más estúpido escogerlos!”.

El programa tendría que mostrar que no sólo la alienación política, sino también problemas como el desempleo, la pobreza y la alienación en el trabajo, así como la mala calidad de vida, la contaminación y la destrucción ambiental, y los problemas de género/raza etc., la discriminación y la homogeneización cultural están todos relacionados con un sistema basado en la concentración de poder político, económico y social en manos de élites que representan a una proporción muy reducida de la población. La relación de cada una de las instituciones de la sociedad con estos problemas debería remarcarse especialmente. Así, se debería mostrar, por ejemplo, que la asignación de recursos a través del mercado conduce al subdesarrollo, al paro y a la pobreza; el control privado de los recursos productivos no permite que prospere la democracia económica sino que conduce a la oligarquía política y económica, a la alienación de la gran mayoría de la población respecto a su lugar de trabajo, así como a la perpetuación de la desigualdad; y la organización jerárquica de la sociedad, tanto en el ámbito “macro” (Estado), como en el ámbito “micro” (relaciones jerárquicas en el trabajo, la familia, la escuela, etc.) es incompatible con la democracia en el ámbito social, la autonomía y la libertad.

Por lo tanto, un programa global para el cambio social debería dejar claro que, contrariamente a lo que sugiere la izquierda reformista, la manera de salir de la crisis multidimensional actual no es forzando al Estado a luchar contra los intereses corporativos sino crear un nuevo ámbito público, un nuevo polo de poder, que lucharía tanto contra los intereses corporativos como contra el Estado, es decir, contra la economía de mercado y la “democracia” representativa. Entonces, los ciudadanos, por primera vez en sus vidas, tendrán un poder real para determinar los asuntos de su propia comunidad, aunque de forma parcial al principio. Todo esto, en contraste con el actual estado de cosas en el que los ciudadanos supuestamente tienen el poder, cada cuatro años aproximadamente, de cambiar el partido en el gobierno, pero, de hecho, no se les proporciona ninguna posibilidad de elección real ni ningún modo de imponer su voluntad a los políticos profesionales o a las élites económicas. Esto es obvio, por ejemplo, si miramos los programas electorales de los partidos nacionales, que se expresan en términos tan amplios y vagos que no comprometen a los políticos a nada en concreto.

⁸⁸ Un buen ejemplo de tal formulación de los principios básicos de la DI es el texto preparado por el grupo de Atenas que publica una revista bajo el nombre de 'Periektiki Dimokratia' (Democracia Inclusiva), este texto se repite en cada número de la revista

Respecto al punto “b”, esto es, las propuestas de instituciones políticas alternativas, la organización/grupos de DI, incluso antes de que hayan obtenido el poder y establecido un **demos** en su zona, pero después de ser ampliamente conocidos localmente (lo que presupone que ya han empezado a concurrir a las elecciones locales) deberían tomar diversas iniciativas para el establecimiento de una democracia política (directa), como:

- La organización de asambleas demóticas para discutir cuestiones locales importantes. En grandes ciudades estas asambleas pueden tomar la forma de asambleas de barrio que se confederarían y formarían la “asamblea confederal de la ciudad” con delegados de cada asamblea de barrio. Esta asamblea confederal simplemente llevaría a cabo las decisiones tomadas por las asambleas de barrio y tomaría decisiones complementarias para la implementación de estas decisiones. En otras palabras, el principio fundamental que debe establecerse es que, de hecho, son las asambleas demóticas las que toman las decisiones y los delegados en las asambleas confederales nunca “representan” a los ciudadanos ni formulan políticas “en su nombre”. Los delegados a la asamblea confederal de la ciudad pueden ser escogidos en base a la rotación pero deben ser inmediatamente revocables por parte de las asambleas de barrio mediante los procesos democráticos que estas establecerán. En esta etapa, los grupos/organización de DI también pueden exigir el reconocimiento oficial de estas asambleas de ciudadanos por parte del ayuntamiento, así como la asignación de competencias/poderes específicos a ellas.
- La elección de un **ayuntamiento paralelo**, es decir, un ayuntamiento que haga sombra a las actividades del ayuntamiento oficial y haga propuestas alternativas a las de su agenda. El ayuntamiento paralelo constará de delegados de las asambleas demóticas y hará propuestas en base a los principios generales discutidos en las asambleas. Los mismos principios que se aplican a la elección/revocación de delegados en la asamblea confederal se aplicarían también en este caso.
- La demanda y la lucha por la mayor **descentralización posible del poder político**, así como del poder económico (poder fiscal/de gasto, etc.) al ámbito local, dado que la descentralización es la base de la organización de una democracia inclusiva. Sin embargo, debería remarcarse que todas estas medidas, así como las que se describen a continuación, no tienen el objetivo de lograr algún tipo de reforma de las instituciones existentes de poder político y económico, es decir, del sistema de economía de mercado y la “democracia” parlamentaria. Esta es la razón por la que cada demanda “transicional” (es decir, por una mayor descentralización) debería ir acompañada de una declaración de los grupos/organización de DI que conectaría la demanda particular con el objetivo a largo plazo de la democracia inclusiva. El movimiento de DI es un movimiento “antisistémico” y no reformista y tratará de conseguir todos sus objetivos a través de medios pacíficos, aunque en alguna etapa puede verse expuesto a ataques violentos por parte de las élites dirigentes y, en tal caso, por supuesto debería defenderse a sí mismo. Sin embargo, cuanto más “hegemónico” sea el paradigma social de la DI más difícil les será a las élites dirigentes imponer su voluntad por la fuerza.

La transición hacia una democracia económica

Con respecto al objetivo de construir instituciones económicas alternativas que conduzcan a una democracia económica, el programa debería dejar claro porqué la toma del poder local de diversos municipios por parte de un movimiento de DI podría crear las condiciones para:

- a) el incremento drástico de la **auto-dependencia económica del demos**;

- b) el establecimiento de un sector económico demótico, es decir, un sector poseído por el demos; y
- c) la creación de un mecanismo democrático para la asignación confederal de recursos.

Como ya he descrito estas condiciones detalladamente en otra ocasión,⁸⁹ aquí me limitaré a resumirlas.

En primer lugar, respecto a la auto-dependencia, existe abundante literatura ecologista sobre la materia, que, no obstante, tiene el inconveniente básico de que es reformista, es decir, que se propone reformar la economía de mercado con el objetivo de lograr una mayor auto-dependencia. Sin embargo, el movimiento de la DI debe desarrollar una estrategia de transición para una descentralización radical del poder a favor de las *demos* con el objetivo explícito de reemplazar el actual marco institucional político y económico. Algunos pasos en esta dirección podrían ser el esfuerzo (que resultará más fácil cuando el poder local se haya ganado) para incrementar:

- **El poder financiero local**, mediante la creación de *cooperativas de crédito demóticas*, (es decir, cooperativas financieras respaldadas por el demos) con la finalidad de conceder préstamos a sus miembros para sus necesidades personales y de inversión, como primer paso en la creación de una *red bancaria demótica*; también se podrían establecer sistemas de LETS⁹⁰ como primer paso en la instauración de una *moneda demótica* (es decir, una moneda controlada por el demos en vez de por un banco central que a su vez está controlado por las élites dirigentes, como es el caso del dólar y del euro); finalmente, se puede crear una *tarjeta de crédito demótica* con el objetivo de satisfacer las necesidades básicas de todos los ciudadanos mediante la utilización de bienes y servicios producidos localmente, como primer paso en el establecimiento de un sistema de vales que reemplazaría todas las monedas en una democracia inclusiva.
- **El poder local para recaudar impuestos**, mediante la descentralización fiscal, es decir, el traspaso del poder impositivo desde el ámbito nacional al local. Inicialmente, los nuevos impuestos locales podrían ser complementarios a los impuestos estatales, pero el movimiento de DI debería luchar por la descentralización fiscal y el establecimiento paralelo de un nuevo *sistema de impuestos demótico* (es decir, un sistema de impuestos controlado por el demos) que podría utilizarse para: financiar un programa de demotización de los recursos productivos locales, proporcionando oportunidades de trabajo a los ciudadanos locales; financiar un programa de gasto social que cubrirá las necesidades básicas de todos los ciudadanos; financiar diversas disposiciones institucionales para hacer efectiva la democracia en el hogar (por ejemplo, retribuir los trabajos domésticos, el cuidado de los niños y las personas mayores, etc.); financiar programas para el reemplazo de las fuentes de energía tradicionales con recursos energéticos locales, especialmente energía renovable (solar, eólica, etc.); penalizar económicamente las actividades anti-ecológicas de las filiales y sucursales de las grandes empresas con sede en la zona, etc. Así, el efecto combinado de estas medidas sería la redistribución del poder económico en el seno de la comunidad, en el sentido de una mayor igualdad en la distribución de los ingresos y la riqueza. Esto, combinado con el establecimiento de procedimientos de planificación democrática (ver más adelante), debería proporcionar una base importante para la transición hacia una democracia

89 Ver Takis Fotopoulos, *The myth of postmodernity*.

90 Ver Takis Fotopoulos, 'Outline of an economic model for an inclusive democracy', *Democracy & Nature*, Vol. 3, No. 3 (1997) págs. 21-56; para un análisis más amplio ver también, *Hacia una democracia inclusiva*, capítulo 6.

económica completa.

- **El poder para determinar la producción local**, inicialmente, mediante la provisión de incentivos financieros a los productores/tiendas/ciudadanos locales para incentivarlos a producir/vender/comprar los bienes producidos localmente con el objetivo de romper las cadenas de los grandes fabricantes/distribuidores. En una etapa posterior, la creación de *empresas demóticas* (es decir, empresas de propiedad del demos) otorgaría el poder al demos para hacerse cada vez más cargo de la producción.
- **El poder para satisfacer las necesidades de bienestar social de los ciudadanos locales** mediante la creación de un *sistema demótico de bienestar social*, es decir, un sistema de bienestar social controlado por el demos que prestaría servicios sociales importantes (educación, sanidad, vivienda, etc.), local o regionalmente en cooperación con otros *demoi* de la zona. Este sistema no sólo maximizaría la utilización de los recursos productivos locales, sino que también reduciría drásticamente la dependencia del exterior.

Pasando ahora a la creación de un **sector económico demótico**, este es un paso crucial en la transición a una democracia inclusiva, no sólo por su importancia respecto a la democracia económica, sino también porque el establecimiento de unidades productivas autogestionadas constituye la base de la democracia en el lugar de trabajo. Un sector económico demótico implicaría nuevas formas colectivas de propiedad que asegurarían el control de la producción, no sólo por parte de aquellas personas que trabajan en las unidades productivas, sino por el demos. Esto se podría conseguir mediante la creación de:

1. **Empresas demóticas**, es decir, unidades productivas que podrían pertenecer al demos y ser gestionadas por los trabajadores que trabajen en ellas, mientras que su gestión técnica (marketing, planificación, etc.) se podría encomendar a personal especializado. Sin embargo, el control general de estas empresas debería pertenecer a las asambleas demóticas que supervisarían la producción, el trabajo y las políticas ambientales para asegurar que se persigue el “interés social general” y no el interés particular de los trabajadores de cada empresa demótica. Este tipo de empresas se puede establecer incluso antes de que los partidarios del proyecto de la Democracia Inclusiva hayan tomado el poder local, mediante el uso, por ejemplo, de fideicomisos de tierras, aunque será después de ganar el poder local cuando estas empresas puedan prosperar.⁹¹ Estas empresas deberían distinguirse claramente tanto de las empresas burocráticas socialistas como de las empresas capitalistas. Esto se podría lograr a través de la descentralización de la toma de decisiones, en el marco de cooperativas poseídas por la comunidad pero gestionadas independientemente. Así, la asamblea demótica podría determinar los objetivos sociales y ecológicos que las empresas demóticas deberían alcanzar, mientras que la propia empresa podría estar gestionada por sus trabajadores. Su supervivencia en el período de transición dependerá del éxito de las nuevas instituciones políticas y económicas en la creación de una nueva consciencia, que hará que los ciudadanos sean más resistentes a los incentivos puramente financieros. Un paso importante en esta dirección sería que las empresas demóticas producirían exclusivamente para el mercado local, mediante el uso de recursos locales. Esto presupone que las empresas demóticas, a diferencia de actividades ecologistas o de estilo de vida similares, serían parte de un programa general para *demotizar* la economía -en otras palabras, un programa cuyos elementos constituyentes son la auto-dependencia, la propiedad demótica y la asignación confederal de recursos. El objetivo de

91 Ver C. George Benello et al., *Building Sustainable Communities*, (New York: Bootstrap, 1989), Part I.

este proceso es traspasar gradualmente más y más recursos humanos y no humanos fuera de la economía de mercado hacia un nuevo sector “demótico” de la economía que constituiría la base de una democracia inclusiva. Al final de este proceso, las empresas demóticas controlarían la economía local y se integrarían en una confederación de *demos*, que entonces podría comprar, o expropiar, las grandes empresas de propiedad privada.

- 2. Una red demótica de cooperativas bancarias**, similar por ejemplo a la red vasca de gran éxito Caja Laboral Popular,⁹² que respalda las cooperativas de Mondragón, se podría establecer antes de que el poder local se haya ganado. Pero después de que la presentación a las elecciones locales haya tenido éxito en un determinado número de ciudades/pueblos, entonces surge la posibilidad de crear una **red bancaria demótica** de propiedad y control del *demos*. Así, cada ciudad/pueblo podría tener su propio banco demótico que podría estar integrado en una red regional y más adelante confederal que podría utilizarse para: absorber los ahorros locales de manera que se pudieran financiar proyectos locales y ecológicos que maximicen la ocupación local; ofrecer otros servicios especializados que posibilitarían el establecimiento y la administración de empresas demóticas por parte de cualquier grupo social interesado de la zona, que no necesariamente tuviera el conocimiento especializado requerido (por ejemplo, trabajadores de empresas en fallida, desempleados, personas con salarios bajos, etc.); llevar a cabo investigaciones sobre los tipos de unidades productivas que se deberían establecer en la zona, en base a criterios que persiguiesen la maximización de los puestos de trabajo locales, de la productividad y la auto-dependencia económica local (y consecuentemente confederal), así como la minimización de los efectos sobre el entorno; proporcionar servicios especializados en la planificación del diseño de la producción, el diseño del lugar de trabajo, la formación, sistemas de compatibilidad, etc.

Finalmente, respecto a la transición hacia una asignación confederal de recursos, el problema fundamental que afronta una estrategia que conduce a un sistema de asignación confederal de recursos es cómo crear las disposiciones institucionales para la democracia económica que sean compatibles con un marco institucional que todavía es una economía de mercado. Tal y como se describió la asignación confederal de recursos en *Hacia una democracia inclusiva*,⁹³ el sistema consiste en dos mecanismos básicos de asignación de recursos:

- Un mecanismo de planificación democrática para la mayoría de decisiones macro-económicas (elemento de autonomía social) y
- Un sistema de vales para la mayoría de decisiones micro-económicas que, substituyendo el mercado real por un mercado artificial, crearía las condiciones para la libertad de elección (elemento de autonomía individual).

Es evidente que un sistema de vales no puede establecerse antes de que se establezca una democracia económica completa en la forma de una confederación de *demos*, aunque los pasos hacia esta dirección se pueden realizar con anterioridad (por ejemplo, el sistema de tarjetas de crédito demóticas mencionado anteriormente). Aún así, un sistema de planificación democrática es factible incluso en el período de transición, aunque, obviamente, su ámbito de toma de decisiones se vería seriamente limitado por la economía de mercado. No obstante, este tipo de sistema podría desempeñar un papel útil para educar a las personas en la democracia económica y

92 Ver M. A. Lutz & K. Lux, *Humanistic Economics* (New York: Bootstrap, 1988), págs. 263-68.

93 Ver *Hacia una Democracia Inclusiva*, capítulo 6.

al mismo tiempo en la creación de las condiciones previas para la autonomía individual y social.

Pero para que cualquier mecanismo democrático sea importante y atraiga a los ciudadanos en el proceso de toma de decisiones, se presupone que las decisiones en si mismas son importantes. Por lo tanto, es crucial que durante la transición hacia una democracia inclusiva el demos sea empoderado con importantes poderes que se convertirían en un sistema coherente de impuestos, gastos y finanzas locales. Entonces, las asambleas demóticas podrían estar empoderadas para tomar decisiones que afecten la vida económica de la comunidad, que serían implementadas por el ayuntamiento o cualquier otro órgano competente, tras haberse convertido en un órgano de delegados revocables.

Así, el traspaso del poder impositivo a las ciudades/pueblos, que debería ser una exigencia fundamental de un movimiento de DI, permitiría a las asambleas demóticas determinar la cantidad de impuestos y la forma en que estos grabarían la renta, la riqueza, la tierra y el uso de energía, así como el consumo. Las asambleas demóticas podrían reunirse con una periodicidad anual, y debatir las diversas propuestas sobre el nivel impositivo del año siguiente, con relación a la forma en que el dinero recaudado por el demos debería gastarse. De este modo, las asambleas demóticas empezarían a tomar el control de los poderes fiscales del Estado, por lo que respecta a sus demoi, aunque en el período de transición, hasta que la confederación de demoi reemplace al Estado, estarían aún sujetas a los poderes fiscales del Estado.

Respecto a la asignación de recursos financieros se pueden tomar medidas similares en relación a los poderes actuales del Estado en cuanto a la asignación de recursos financieros. El establecimiento de un sistema bancario demótico, junto con monedas demóticas, proporcionará un poder significativo a las asambleas demóticas para determinar la asignación de los recursos financieros en la implementación de los objetivos del demos (crear nuevas empresas, lograr objetivos ecológicos, etc.).

Por último, las asambleas tendrían poderes importantes para determinar la asignación de recursos en el sector demotizado, es decir, las empresas demóticas y el sistema de bienestar demótico. Como primer paso, las asambleas demóticas podrían establecer un sistema de vales en relación a los servicios sociales. Más adelante, cuando un número significativo de comunidades se hayan unido a la condeederación de democracias inclusivas, las asambleas demóticas podrían ampliar el sistema de vales para cubrir las necesidades básicas de todos los ciudadanos, inicialmente en paralelo con la economía de mercado -hasta que esta última desaparezca.

La transición hacia una democracia en el ámbito social

Tal y como he mencionado anteriormente, la estrategia de transición debería implicar pasos en el desarrollo de instituciones que establezcan una “democracia en el ámbito social” (instituciones de autogestión en el lugar de trabajo, el hogar, el centro educativo, etc.) y de valores correspondientes a la misma. Esto implica que los grupos de DI, aparte de participar en luchas por la democracia en el lugar de trabajo, en el hogar, en las instituciones educativas, etc., deberían iniciar movimientos para establecer instituciones alternativas como empresas demóticas, clínicas y escuelas demóticas, etc., que serán autogestionadas como hemos descrito anteriormente. Además, se tendrían que tomar medidas para reforzar la autogestión en las instituciones existentes.

La creación de una cultura alternativa desempeña un papel fundamental en el proceso de

establecimiento de una *Paideia* democrática, es decir, un sistema de educación integral que crea el carácter de ciudadano democrático y al mismo tiempo promueve el sistema de valores que es coherente con una democracia inclusiva de modo que este ocupa una posición hegemónica en la sociedad. Este es un sistema completamente distinto del sistema educativo actual que constituye una parte básica del proceso de socialización que produce sujetos disciplinados en vez de ciudadanos libres. Análogamente, la libre expresión de los artistas -libre de las consideraciones burocráticas o del mercado- debe reforzarse, en vez de las actuales actividades artísticas controladas por las élites.

En este contexto, debería establecerse un sistema de medios de comunicación alternativos autogestionados, incluso antes de que se haya ganado el poder local, con el objetivo de presentar las noticias desde el punto de vista de las personas más que de las élites. Los medios alternativos que se establezcan como parte del programa de DI desempeñaran un papel crucial en el desarrollo de una “conciencia alternativa”, respecto a las formas de resolver los problemas ecológicos y económicos de forma democrática. Deberían enfatizar la naturaleza sistémica de la crisis económica y ecológica actual y hacer propuestas sobre como empezar a construir la nueva sociedad. Una vez que el poder local se haya ganado, este tipo de medios alternativos deberían convertirse en medios **demóticos** que estarán bajo el control general de las **asambleas demóticas**.

En resumen, se tendría que promover una nueva cultura para una sociedad democrática, que se caracterizaría por unos valores muy diferentes a los de la economía de mercado. Los valores de heteronomía, competición, individualismo y consumismo que son dominantes hoy en día tienen que ser reemplazados en una sociedad democrática por los valores de la autonomía individual y colectiva, la cooperación, el apoyo mutuo, la solidaridad y el compartir.

La transición hacia una democracia ecológica

Finalmente, la estrategia transicional debería conllevar pasos hacia el desarrollo de instituciones y valores que aspiren a la reintegración de la sociedad con la naturaleza y la eliminación de cualquier intento humano de dominar el mundo natural. Esto implica, aparte de la participación en luchas contra las actividades de las élites políticas y económicas que nos han llevado a la crisis ecológica actual, el inicio de movimientos por el establecimiento de instituciones “ecológicas” alternativas y formas de energía renovables. De hecho, como ya he mostrado en otras ocasiones,⁹⁴ el propio establecimiento de instituciones políticas y económicas nuevas y particularmente la drástica descentralización que estas comportan, es un paso crucial en esta dirección, ya que permite el desarrollo de nuevos estilos de vida, nuevos modelos de trabajo, producción, uso energético y consumo que son perfectamente compatibles con el objetivo de una democracia ecológica.

En conclusión, nadie tendría que hacerse ilusiones de que el establecimiento de la democracia será un proceso rápido o que la implementación de un programa de estrategia transicional no pasará por momentos difíciles a causa de las élites que controlan la maquinaria estatal y la economía de mercado. Este proceso está destinado a ser largo y a implicar un movimiento popular enorme que se extenderá a lo largo de todo un período histórico. No obstante, sin subestimar las dificultades que implica el contexto de los actuales métodos perfeccionados de control mental y violencia económica que, de hecho, podrían resultar más eficaces que la pura violencia del Estado para suprimir un movimiento a favor de una democracia inclusiva, pienso que la estrategia propuesta es una estrategia realista en el camino hacia una nueva sociedad.

94 Takis Fotopoulos, *Hacia una democracia inclusiva*, capítulo 5.

Democracy & Nature, Vol. 8, No. 1 (Marzo de 2002)
Traducción: Joan Pedragosa, Sergio Martín y Laia Vidal (2011)
